

EL DIOS DE LOS VOLCANES

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



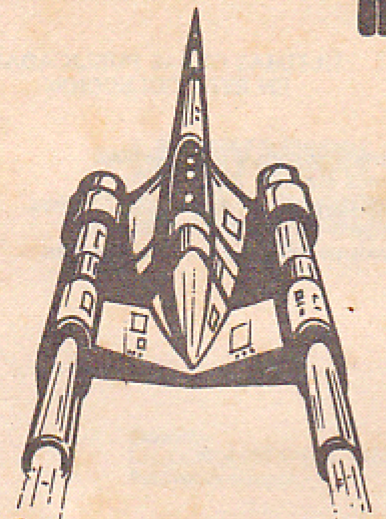
EL DIOS DE LOS VOLCANES

Joseph Berna

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





La conquista del ESPACIO

JOSEPH BERNA

EL DIOS DE LOS VOLCANES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 634
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

628 — Los simbiontes, *Lou Carrigan*

629 — El enigma de Urtala, *A. Thorkent*

630 — Los módulos mortíferos, *Ralph Barby*

631 — Una mujer llamada «Eterna», *Curtis Garland*

632 — Cautivos de la reina Thala, *Joseph Berna*

633— La rebelión de los topos, *Adam Surray*

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B. 30.020 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1982

1.a edición en América: abril. 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Vulcano, planeta perteneciente al sistema Alfa-Centauro, era un mundo deshabitado, aunque reunía las condiciones necesarias para poder albergar vida humana en él, pues tenía atmósfera, con la suficiente cantidad de oxígeno libre, agua, vegetación, una temperatura agradable…

Vida animal sí existía en Vulcano, un planeta eminentemente montañoso, con numerosos cráteres volcánicos.

Debido precisamente a esto, a la abundancia de volcanes, el planeta había sido bautizado con el nombre de Vulcano, dios del fuego, según la mitología griega, adorado por los griegos y por los latinos.

Afortunadamente, todos los cráteres de Vulcano estaban apagados, aunque los geólogos que los habían examinado no descartaban la posibilidad de que alguno de ellos se despertara de pronto y entrase en erupción, despidiendo un torrente de piedras, llamas, y materias incandescentes, que descenderían por las laderas de la montaña formando ríos de fuego y lo arrasarían todo.

Podía suceder, desde luego, y todos cuantos trabajaban en Vulcano lo sabían. En el fondo, sin embargo, de decía que eso jamás ocurriría, pues los estudios previos habían demostrado que hacía muchos años que ninguno de aquellos volcanes había entrado en erupción.

Vulcano había resultado ser un planeta muy rico en yacimientos de titanio y wolframio, por lo que la Confederación Terrestre no había dudado en ordenar la extracción de tan valiosos minerales, que a medida que iban siendo arrancados de las entrañas de Vulcano, eran enviados a la Tierra en gigantescas naves de transporte.

Al mando de los hombres que realizaban aquel duro trabajo en Vulcano, se hallaba el capitán Jankovic.

Zoran Jankovic era un hombre joven, pues sólo contaba treinta años de edad, pero tenía mucha experiencia y gozaba de la confianza de los altos jefes del Gobierno terrestre, pues siempre había llevado a cabo con éxito todas aquellas misiones que le habían sido

encomendadas.

El capitán Jankovic era un atleta completo, ya que sobrepasaba el metro ochenta de estatura, tenía los hombros robustos, la espalda muy amplia, y poseía unos músculos desarrollados y vigorosos, que el ajustado traje azul brillante, de una sola pieza, se encargaba de destacar, marcándolos desde el primero hasta el último. Un ancho cinturón dorado, del que pendía una pistola de rayos láser, y las altas botas plateadas, completaban su indumentaria.

Por su aspecto fuerte y viril, Zoran Jankovic resultaba un hombre de lo más atractivo para las mujeres que formaban parte de la expedición enviada a Vulcano, y la que más y la que menos se esforzaba por conquistarle.

Se sabía que el apuesto capitán Jankovic era soltero, y que no estaba comprometido con mujer alguna, así que todas tenían el camino libre para intentar enamorarle.

La que más posibilidades tenía de conseguirlo era Katja Bieler, la ayudante del profesor Nicholson, eminente geólogo.

Katja tenía veinticuatro años, y era una preciosa muchacha de cabellos dorados, ojos muy azules, y labios tentadores, como tentadores también eran los relieves de su cuerpo, espléndidamente formado.

Desde un principio, la bella ayudante del profesor Nicholson se había sentido atraída hacia el capitán Jankovic, quien no tardó mucho en darle pruebas de que dicha atracción era recíproca.

Eso, al menos, pensaba Katja, aunque a veces tenía sus dudas, pues Zoran y ella todavía no habían intimado. Habían conversado muchas veces como dos buenos amigos, habían dado incluso algunos paseos, y hasta se habían dado algunos besos, pero la cosa no había pasado nunca de ahí.

Esto, naturalmente, preocupaba a Katja.

¿Por qué el capitán Jankovic no se mostraba más audaz con ella...? ¿Por qué no le demostraba que la deseaba e intentaba hacerla suya...?

Ella no iba a poner objeciones.

Estaba enamorada de Zoran, y deseaba ofrecerle su cuerpo. Pero no podía ni debía dar el primer paso, en ese sentido. Era Zoran quien

debía darlo.

Pero no lo daba.

¿Sería que ella no le gustaba lo suficiente…?

Katja rechazaba inmediatamente este pensamiento, pues estaba segura de que ella le gustaba a Zoran más que ninguna otra de las mujeres que formaban parte de la expedición.

¿Entonces…?

Katja no sabía qué responderse, aunque tal vez aquella misma tarde lo supiera, ya que Zoran la había invitado a dar una vuelta por Vulcano en su vehículo volador.

Ella aceptó sin dudar, naturalmente.

Era una oportunidad más de estar a solas con el hombre que amaba, y no podía desperdiciarla.

Katja se decía que, tarde o temprano, el capitán Jankovic tenía que confesarle que la deseaba y acto seguido se lo demostraría.

¿Sería aquella tarde…?

Con esa esperanza, Katja Bieler había acudido puntual a su cita con Zoran Jankovic, luciendo un traje amarillo, de una sola pieza, que le quedaba tan ajustado que todas y cada una de sus curvas aparecían perfectamente dibujadas bajo el ligero pero resistente tejido.

Zoran, en cuanto la vio llegar, y tras examinarla de arriba abajo con la mirada, dijo:

—Estás para comerte, Katja.

—No será por usted, Zoran.

—¿Por qué lo dices?

—Le duelen demasiado los dientes.

—Mis dientes están muy sanos, Katja.

—Pues no se nota.

—¿Qué quieres decir?

—Que a mí nunca me ha mordido.

—No soy un caníbal, Katja.

—Pero dijo algo de comerme.

—Era sólo un piropo.

—Ya.

Zoran carraspeó ligeramente.

—¿Nos vamos, Katja?

—Cuando quiera, capitán.

Subieron los dos al vehículo volador, Zoran lo puso en marcha, y el aparato se elevó, ganando rápidamente velocidad.

Se trataba de un vehículo moderno y ligero, de manejo sencillo, ideal para sobrevolar la superficie de Vulcano, un planeta relativamente pequeño, pues su diámetro ecuatorial no sobrepasaba los 5.000 kilómetros.

El tamaño de Vulcano venía a ser como el de Mercurio, el planeta más pequeño del Sistema Solar, con tan sólo 4.827 kilómetros de diámetro ecuatorial.

Afortunadamente, Vulcano era un planeta bastante menos caliente que Mercurio. Al menos, en su superficie, porque en lo más profundo de él podía ser una pura bola de fuego, a juzgar por el elevado número de volcanes, ahora apagados.

Si actualmente no lo era, estaba fuera de toda duda que antes sí lo había sido, pues se sabía que todos aquellos volcanes habían entrado en erupción una o más veces, vomitando toneladas de lava, aunque hiciera muchos años ya de eso.

¿Se habría cansado ya Vulcano de lanzar al exterior cantidades y cantidades de materias incandescentes...?

¿Habría agotado ya todo el fuego que en un tiempo ya lejano ardía en sus entrañas...?

Ojalá fuese así, aunque nadie podía estar absolutamente seguro de ello.

* * *

El vehículo volador del capitán Jankovic se había alejado casi cien kilómetros del lugar en donde se alzaba la Base Terrestre, y ahora sobrevolaba uno de los parajes más hermosos de Vulcano.



De pronto, Zoran sugirió:

—¿No te apetece darte un baño, Katja?

—¿Baño...? —respingó la muchacha.

—Sí.

—¿Dónde?

—En ese río que se ve ahí abajo.

—¡Me encantaría!

—A mí también.

—¡Bajemos, capitán!

—Vamos allá.

Zoran realizó la oportuna maniobra y el aparato volador descendió, al tiempo que perdía velocidad.

El río, de aguas alegres y transparentes, se abría paso por entre las montañas, sorteándolas como si se tratara de una gigantesca serpiente.

Zoran posó su vehículo a sólo unos metros del río, y él y Katja saltaron al suelo.

—Todavía nos queda una hora larga de sol —dijo Zoran, echando una ojeada al azulado cielo.

—¡Aprovechémosla al máximo, capitán!

—Tendremos que quitarnos los trajes —carraspeó Zoran.

—¡Hombre, claro! —rió Katja — , ¡No vamos a bañarnos vestidos!

—¿No te importa desnudarte delante de mí?

—¿Le importa a usted hacerlo delante de mí, capitán?

—No es lo mismo, Katja.

—¿Por qué?

—Yo pienso bañarme en slip.

—¡Toma, y yo también!

—Aun así... —carraspeó de nuevo Zoran.

Katja volvió a reír.

—No tema, capitán. En la Tierra me he bañado muchas veces luciendo sólo la pieza inferior del bikini, y no me salieron los colores por eso. Estamos en el siglo XXI, y ciertas cosas han dejado ya de tener importancia — aseguró, justo en el instante en que se abría el traje hasta más abajo del ombligo.

CAPITULO II

Zoran Jankovic desvió rápidamente la mirada y procedió también a desnudarse.

Katja Bieles sonrió al ver que Zoran apartaba la mirada, pero no dijo nada. Ya la vería desnuda, ya. No podría evitarlo.

Y entonces...

Katja estaba segura de que el capitán Jankovic caería aquella tarde en sus brazos, porqué las circunstancias no podían ser más favorables.

Como había empezado antes, fue la primera en desvestirse, así que dijo:

—¡Le espero en el río, capitán!

Zoran volvió la cabeza y vio correr a Katja hacia el río, descubriendo la maravillosa tersura de su espalda, la perfecta curva de sus caderas, la redondez de sus nalgas, prácticamente al aire, la belleza de sus largas piernas...

Katja se lanzó al agua y luego se volvió de cara a Zoran.

—¡El agua está deliciosa, capitán!

Zoran, cuyos ojos se habían posado en el busto desnudo de la muchacha, que la transparencia del agua permitía contemplar con todo detalle, emitió un nervioso carraspeo.

—¿De veras, Katja?

—¡Sí, venga y lo comprobará!

—Allá voy.

Como ya estaba en slip, muy reducido también, aunque no tanto como el de Katja, Zoran se pegó una carrerita y se lanzó al río de cabeza.

Cuando emergió, casi se da de bruces con la muchacha.

—Katja... —murmuró, turbado por la proximidad de ella.

—¿No tenía otro sitio de donde cogerse, capitán...?

—preguntó la joven, con maliciosa sonrisa.

Zoran apartó rápidamente las manos de los prietos senos de Katja.

—Lo siento, yo...

—No se disculpe, que no tiene importancia.

—Créeme, Katja. No era mi intención...

—Claro que no. Usted es todo un caballero, capitán Jankovic, y jamás trataría de aprovecharse de una situación como ésta.

—Desde luego que no. Fue totalmente accidental. Yo salía del agua, tú estabas muy cerca, e instintivamente mis manos...

—Se aferraron a lo que más sobresalía, ¿no es eso?

—Pues, me temo que sí.

—Olvídelo, capitán.

—¿De veras no te he molestado, Katja?

—¡En absoluto!

Zoran sonrió.

—Gracias, Katja.

—¿Por qué?

—Por ser tan comprensiva.

—No tuvo importancia, ya se lo dije.

—Otra, en tu lugar, me hubiera soltado un par de bofetadas.

—Se equivoca, capitán. Al menos, por lo que a las mujeres de la Base respecta.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que todas están locas por usted.

—Oh, vamos —rió Zoran.

—Es la verdad, capitán. Y usted tiene que haberse dado cuenta, por fuerza.

—Yo no me he dado cuenta de nada.

—¿Es que no tiene ojos en la cara?

—Sólo para ti.

—¿Qué?

—Eres la única mujer en quien me fijo, porque eres la única que me interesa. Y creo que tú lo sabes, Katja.

—¿En qué sentido le intereso, capitán?

—En todos.

—Tengo mis dudas con respecto a eso.

—¿Dudas?

—Sí, porque tiene usted una forma muy extraña de demostrar su interés por mi.

—¿De veras te lo parece?

—No es que me lo parezca a mí, es que es así. Me trata usted como si fuera su hermana, capitán Jankovic.

—¿Hermana...?

—Se lo demostraré —dijo Katja, decidida a agarrar el toro por los cuernos.

Hablando en sentido metafórico, claro.

Lo que en realidad hizo, fue rodear con sus brazos el cuello de Zoran Jankovic, amorosamente, y pegar su cuerpo desnudo al de él.

—Estrécheme entre sus brazos y béseme, capitán

—pidió, ofreciéndole los labios.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿Por qué no lo dejamos para cuando salgamos del río?

—¿Teme que nos arrastre la corriente?

—No, pero…

—Está bien, le besaré yo —decidió Katja, y pegó su boca a la de él.

Fue un beso largo, intenso, profundo, capaz de excitar a un eunuco.

Y Zoran Jankovic no era un eunuco.

Katja Bieler empezó a darse cuenta de ello, y eso la animó a acentuar aún más la pasión del beso y la presión de su cuerpo.

Los brazos de Zoran la cercaron y la apretaron, al tiempo que su boca devolvía la caricia con muchas ganas, también.

Cuando, un par de minutos después, separaban sus labios, Katja lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Qué siente, capitán?

—Unas ganas locas de…

—¿De qué?

—¿No te enfadarás si te lo digo?

—Estoy deseando oírlo, se lo aseguro.

—Tengo unas ganas locas de salir del río y tumbarme al sol.

El desencanto de Katja Bieler no pudo ser más evidente.

—¿Salir del río y tumbarse al sol…? —murmuró, sin poderlo creer.

—Sí.

Katja se enfureció.

—¿Ve como yo tenía razón, capitán? ¡Soy como una hermana para

usted!

—Si fueras mi hermana, no te hubiera besado ni abrazado así, Katja.

—¡Lo hizo porque no tenía más remedio, no porque lo deseara!

—Katja...

—¡Váyase al cuerno, capitán Jankovic! —rugió la joven, separándose bruscamente de él y nadando hacia la orilla.

—¡Katja!

—¡Al diablo!

—¡Espera, por favor!

—¡Le esperará su tía!

Zoran nadó también hacia la orilla.

Katja ya estaba saliendo del río.

Se echó de bruces sobre una roca plana y rompió a llorar.

Eran lágrimas de rabia, más que de desilusión.

Zoran salió también del río y se echó a su lado.

Le puso la mano en el hombro, muy suavemente.

—Katja...

—¡Déjeme en paz, capitán! —pidió ella, mirando hacia el lado opuesto.

Zoran le acarició la mojada espalda.

De pronto, comenzó a besarla, desde los hombros hasta la cintura.

Katja tuvo un dulce estremecimiento.

—¿Qué hace? —preguntó, sin mirarle.

—Demostrarte que no eres mi hermana.

—No lo soy, pero como si lo fuera. Me tenía usted en sus brazos,

prácticamente desnuda, y sólo sentía deseos de salir del río y tumbarse al sol.

—Sí, pero contigo.

—¿Qué quiere decir?

—No me gusta hacer el amor en el agua. Eso está bien para los peces, pero...

Katja Bieler dio un fuerte respingo y se volvió.

—¿Qué fue lo que dijo, capitán...?

Zoran la cogió por los hombros y la obligó a quedar tumbada boca arriba.

—Te quiero, Katja —confesó, y luego depositó un cálido beso en sus preciosos labios.

Ella le miró con ojos agrandados.

—¡Ha dicho que me quiere!

—Sí.

—¡Y que desea hacerme el amor!

—Sí.

—¿Por qué no me lo confesó antes?

—No deseaba tener una simple aventura contigo, Katja. Te tomé muy en serio desde el principio, y quena estar seguro de mis sentimientos antes de hablarte de ello. De mis sentimientos, y de los tuyos. Hoy sé que te quiero de verdad, y sé que tú también me quieres.

—¡Con locura, Zoran! —aseguró ella, echándole los brazos al cuello.

—Perdóname si te he hecho sufrir, cariño.

—Te perdono, pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Que me hagas gozar tanto como hace unos minutos me hiciste sufrir.

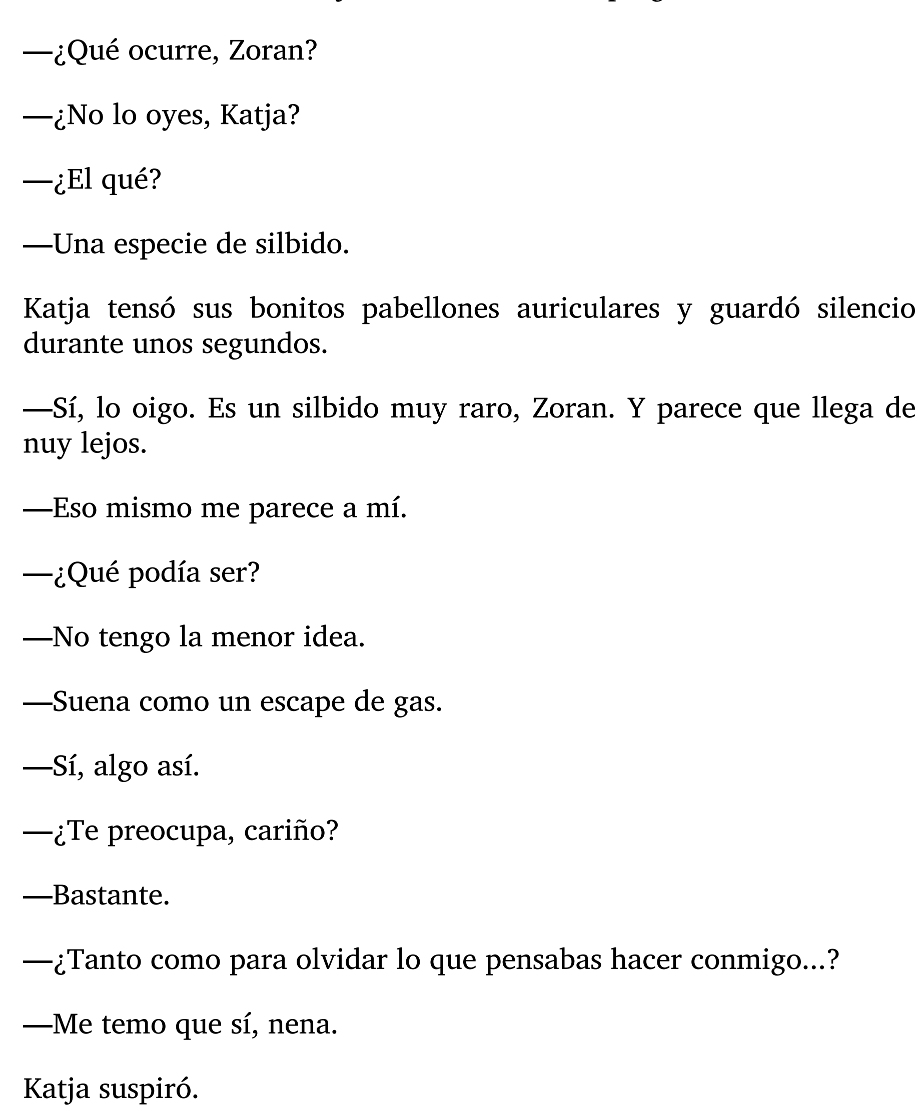
—Lo intentaré, te lo prometo —sonrió Zoran, y la besó con ardor, al tiempo que sus manos recorrían con avidez el cuerpo casi desnudo de Katja.

Ella le abrazó y le acarició a su vez, loca de felicidad.

Lamentablemente, su felicidad y la de Zoran iba a verse quebrantada dentro de muy pocos segundos.

Todo empezó con un lejano silbido…

CAPITULO III



Zoran Jankovic fue el primero en captar el extraño silbido, lo que le obligó a interrumpir los besos y las caricias. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Katja Bieler, extrañada, preguntó:

—¿Qué ocurre, Zoran?

—¿No lo oyes, Katja?

—¿El qué?

—Una especie de silbido.

Katja tensó sus bonitos pabellones auriculares y guardó silencio durante unos segundos.

—Sí, lo oigo. Es un silbido muy raro, Zoran. Y parece que llega de nuy lejos.

—Eso mismo me parece a mí.

—¿Qué podía ser?

—No tengo la menor idea.

—Suena como un escape de gas.

—Sí, algo así.

—¿Te preocupa, cariño?

—Bastante.

—¿Tanto como para olvidar lo que pensabas hacer conmigo...?

—Me temo que sí, nena.

Katja suspiró.

—Soy una chica sin suerte. Tantos días soñando con que llegara este momento, y por culpa del dichoso silbidito...

De pronto, Zoran Jankovic dio un respingo y extendió el brazo derecho.

—¡Mira, Katja!

La muchacha siguió la dirección que indicaba el brazo de Zoran.

—¡El humo! —exclamó, respingando también—, ¡Y brota de la cima de aquella montaña!

—¡Allí hay un cráter! ¡El humo sale de él!

—¡No puede ser, Zoran! ¡Ese volcán está apagado, como todos los demás!

—¡Está despertando, Katja! ¡El humo y el silbido lo demuestran! ¡Va a entrar en erupción!

—¡Dios mío, no! —se estremeció la joven.

—¡En pie, Katja! ¡Tenemos que largarnos de aquí! ¡Estamos demasiado cerca de ese volcán!

—¡Sí, Zoran, huyamos!

Se incorporaron los dos de un brinco y procedieron a vestirse con toda rapidez, sin apartar los ojos de la cima de la montaña que tenían frente a ellos.

Se habían enfundado ya los trajes, y se estaban poniendo las botas, cuando el silbido que salía del cráter se tornó repentinamente más agudo y más potente.

Parecía el aullido de una bestia colosal.

Era el grito del volcán.

Su manera de advertir que había llegado el momento de entrar en erupción.

Y entró.

Sin más avisos.

Estruendosamente.

Fue como si algo reventara en lo más profundo de él, y toda la

montaña tembló.

También temblaron las montañas que se alzaban a su alrededor.

Y el suelo.

Katja Bieler pensó que la tierra iba a abrirse bajo sus pies, como sucedía en los terremotos, y se abrazó angustiosamente al capitán Jankovic.

—¡Zoran...! —chilló.

Jankovic la estrechó contra sí unos segundos e indicó:

—¡Al vehículo volador, rápido!

Se introdujeron velozmente en el aparato, que también temblaba, como todo.

El volcán había empezado a vomitar enormes pedazos de roca, gigantescas llamas, y un torrente de materias en fusión, que empezaron a deslizarse con rapidez por la ladera de la montaña, en forma de colosales serpientes de fuego.

Un espectáculo verdaderamente estremecedor.

Estremedecor... y peligroso.

Sí, porque los pedazos de roca que escupía el volcán salían tan poderosamente lanzados, que volaban varios cientos de metros antes de chocar contra el suelo.

Zoran Jankovic se dio mucha prisa en poner en marcha el motor de su vehículo, pues las primeras rocas estaban cayendo ya al suelo con terrible violencia, lo que las hacía rebotar como pelotas.

Dos de ellas cayeron a muy poca distancia del río.

Una tercera, en el propio río, levantando una gran cortina de agua.

El aparato volador de Zoran ya se estaba elevando.

Justo en el instante en que despegaba, una gran piedra caliente cayó exactamente sobre la roca plana en la que minutos antes habían estado echados Zoran y Katja, besándose y acariciándose.

Ambos se estremecieron, al pensar en lo cerca que habían estado de

la muerte, pues la enorme piedra los hubiera machacado a los dos.

Pero no pudieron pensar mucho en ello, ya que el colosal pedrusco rebotó en la roca plana y se elevó de nuevo varios metros, impactando contra el vehículo volador.

El aparato acusó la violencia del choque y se bamboleó peligrosamente en el aire.

—¡Zoran! —gritó Katja, asustada.

—¡No te alarmes, cariño! ¡Conseguiré controlar el aparato! —aseguró Jankovic, aunque tenía muchas dudas al respecto.

El impacto del pedrusco, aunque hubiera sido de rebote, había dañado seriamente al vehículo volador, que seguía balanceándose alarmantemente en el aire, pese a los esfuerzos que hacía Zoran por dominarlo.

Era inútil.

El aparato no sólo no podía recuperar su estabilidad, sino que tampoco podía elevarse más.

Los mandos no obedecían.

El vehículo volador podía precipitarse contra el suelo de un momento a otro.

Y seguían cayendo enormes pedazos de roca, algunos de ellos muy cerca.

Peligrosamente cerca.

Sólo faltaba que otro de aquellos pedruscos alcanzara el aparato, directamente o de rebote.

Era lo que Katja Bieler estaba pensando, y lo que la hacía temblar de pánico.

Zoran Jankovic seguía luchando desesperadamente por hacerse con el dominio del vehículo, pero cada vez estaba más convencido de que no podría conseguirlo.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¡Los mandos no responden!

Katja se agarró de su brazo.

—¡Nos vamos a estrellar, Zoran!

—¡No pierdas la calma, Katja!

—¡Nos caemos, Zoran! ¡Nos caemos...! —chilló la muchacha, viendo que el vehículo volador se precipitaba contra el suelo.

Efectivamente.

El aparato no había podido sostenerse ni un segundo más en el aire, y caía irremisiblemente al suelo.

Zoran, al ver que no podía hacer nada por evitarlo, se olvidó de los mandos y abrazó fuertemente a Katja, tratando de protegerla con su cuerpo.

El vehículo volador, por fortuna, no caía desde mucha altura, pero, aun así, el choque iba a ser muy violento y Katja y Zoran podían resultar seriamente lastimados.

CAPITULO IV

El impacto, en efecto, fue muy duro.

Después, el vehículo volador dio varias vueltas por el suelo.

Katja Bieler, en brazos de Zoran Jankovic, gritaba y se aferraba con más fuerza a él.

Segundos después, el aparato quedaba quieto.

Zoran, que había recibido casi todos los golpes, miró a la muchacha.

—¿Estás bien, Katja...?

—Creo que sí, Zoran. ¿Y tú...?

—Diría que no tengo ningún hueso roto.

—Gracias a Dios.

—Tenemos que salir de aquí, antes de que alguna roca caiga sobre el aparato y nos triture.

—¡De prisa, Zoran!

Jankovic descendió primero y luego ayudó a bajar a la joven.

—¡Corramos, Katja! —dijo, cogiéndola de la mano—, ¡Alejémonos del río!

Echaron a correr los dos.

No habrían avanzado ni diez metros, cuando un gigantesco pedrusco cayó directamente sobre el averiado vehículo volador, pulverizándolo literalmente.

Por fortuna, la roca rebotó en una dirección distinta a la que habían tomado Zoran y Katja, y no les causó ningún daño.

Zoran volvió un instante la cabeza, al escuchar el ruido que producía el enorme pedrusco al machacar el aparato volador. Al ver el vehículo triturado, exclamó:

—¡De la que nos hemos librado, Katja!

La muchacha volvió también la cabeza.

—¡Qué espanto, Zoran! —exclamó, pálida como un difunto.

Jankovic tiró de su mano.

—¡Sigue corriendo, Katja! ¡No podemos detenernos, o nos pasará lo que a mi vehículo volador!

Y no era lo único que podía pasarles.

También podían verse alcanzados por el mar de lava que se estaba formando, y que ya casi estaba a punto de alcanzar el río.

El volcán seguía con su terrible erupción, vomitando toneladas de piedras y materias al rojo vivo, llamas, humo, rugidos de bestia herida, truenos ensordecedores...

Todo aquel fuego había calentado el aire de tal manera, que casi quemaba la piel.

Zoran y Katja lo notaban perfectamente.

Y menos mal que les había dado tiempo a ponerse los trajes y las botas.

Si hubieran tenido que huir en slip, como se habían bañado, sus cuerpos desnudos sufrirían ahora las consecuencias.

Afortunadamente no había sido así, y como además su cabello y su piel seguían húmedos, soportaron mucho mejor las sucesivas oleadas de aire caliente que azotaban sus cuerpos.

Sin ser alcanzados por ningún pedazo de roca, Zoran y Katja lograron ponerse fuera del alcance de la lluvia de pedruscos.

Desde lo alto de un montículo, contemplaron los efectos de la erupción volcánica.

El espectáculo era realmente dantesco.

El mar de lava había alcanzado el río, inundándolo de orilla a orilla.

Ahora, el río no era de agua.

Era de fuego.

—Pobres peces… —murmuró Zoran.

Katja se abrazó a él.

—¡Es horrible, Zoran!

—Si, en verdad lo es.

—¡Hemos estado a punto de morir!

Zoran la estrechó cálidamente.

—Tranquilízate, cariño. Estamos fuera de peligro.

—¿Seguro?

—Sí, el río arrastra la lava, y no creo que llegue a rebasar la otra orilla. Caso de que lo consiga, será dentro de mucho rato, y para entonces tú y yo ya estaremos en la Base. Llamaré con mi telecomunicador portátil, y vendrán a recogernos.

—Llama en seguida, Zoran. Lo que mis ojos están contemplando, me tiene aterrorizada.

Jankovic le dio un tierno beso en los labios, ahora faltos de color, y dijo:

—Ahora mismo llamo, no te preocupes.

Desenganchó el telecomunicador portátil de su cinto

y efectuó la llamada.

Intentó efectuarla, mejor dicho.

Pero no pudo.

—¿Qué sucede, Zoran? —preguntó Katja, extrañada.

Jankovic exhaló un suspiro y comunicó:

—El telecomunicador se ha averiado, Katja.

* * *

A pesar de la alta temperatura del aire, Katja Bieler sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—Cielos, no... musitó.

—Me temo que sí, Katja —dijo Zoran Jankovic, devolviendo el pequeño telecomunicador al cinto—. Debió recibir algún golpe, mientras el vehículo volador daba vueltas por el suelo, y se ha estropeado.

—¡Pues era lo que nos faltaba!

—No te pongas nerviosa, cariño. Te repito que estamos fuera de peligro.

—Sí, pero a más de cien kilómetros de la Base. Tardaremos varios días en cubrir esa distancia a pie.

—No será necesario caminar tanto, vendrán mucho antes en nuestra busca.

—¿Estás seguro?

—Pues claro.

—¿Y nos encontrarán...?

—No lo dudes.

Katja Bieler echó una nueva mirada al río.

—¿De verdad piensas que la lava no llegará a rebasar la orilla opuesta, Zoran...?

—Sí, es muy difícil, porque la corriente la arrastra río abajo. De cualquier modo, depende de que el volcán siga vomitándola en grandes cantidades o se calme un poco y lance menos al exterior.

—Por ahora, no parece que la furia de su erupción vaya a remitir.

—No, sigue siendo terrible.

—Pongámonos en marcha, Zoran — sugirió Katja Cuanto más nos alejemos de ese mar de lava, mucho mejor.

—Sí, estoy de acuerdo contigo.

* * *

Llevaban ya un buen rato caminando, cogidos de la mano.

El sol se había ocultado ya tras las montañas, y dentro de poco empezaría a oscurecer.

—¿Podemos descansar un poco, Zoran? — preguntó Katja Bieler con el rostro brillante de sudor.

—Por supuesto —sonrió Jankovic.

Katja se sentó en una piedra y se apretó la bota derecha.

—Me duelen los pies, ¿sabes?

—A mí también —confesó Zoran, sentándose en otra piedra.

Katja se mordió el labio inferior.

—¿De verdad crees que nos encontrarán, Zoran? —preguntó, preocupada.

—Estoy seguro.

—Pronto será de noche, y eso dificultará la búsqueda.

—Encenderemos un fuego, no te preocupes.

—Hablando de fuegos... ¿Habrá rebasado ya la la va la orilla opuesta del río?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

—El aire es menos caliente a medida que nos alejamos más y más del rio. Si la lava hubiera conseguido rebasar la otra orilla, nos estaría ya pisando los talones. Avanza muy de prisa, no lo olvides.

Katja se estremeció perceptiblemente.

—Te aseguro que no lo olvido, Zoran. Y me tranquiliza no poco lo que acabas de decir sobre el aire. Es menos caliente, es cierto. Y eso demuestra que el mar de lava está ahora más lejos de nosotros que antes.

—Mucho más.

—De todos modos, descansaremos sólo unos minutos y reanudaremos la marcha.

—Cuando tú digas, Katja.

La muchacha, mientras conversaban, se había sacado ambas botas.

—¿Sabes dar mensajes en los pies, mi amor? —preguntó, con una sonrisa.

—Mi fuerte no son los pies, pero lo intentaré —respondió Zoran, arrodillándose delante de ella.

La sonrisa de Katja se tornó picara.

—¿Cuál es tu especialidad en los masajes, cariño…?

Zoran iba a decírselo, cuando, de repente, descubrió algo que le heló la sangre en las venas.

Era una serpiente.

Pero no una serpiente vulgar y corriente, como las que solían encontrarse en la Tierra.

Aquélla era realmente monstruosa.

Y, por si faltaba algo, tenía tres cabezas en vez de una.

El gigantesco reptil los había descubierto, y venía directamente hacia ellos, arrastrándose con rapidez por entre las rocas.

CAPITULO V

Katja Bieler todavía no había visto al descomunal reptil de tres cabezas, porque ella le daba la espalda.

Por la expresión de Zoran Jankovic, sin embargo, adivinó que algo grave sucedía y volvió inmediatamente la cabeza, para mirar en la misma dirección que él.

Al descubrir a la enorme serpiente de tres cabezas, Katja dio un chillido y brincó de la piedra en la que estaba sentada.

—¡Zoran...!

Jankovic reaccionó con decisión y valentía.

Se irguió con rapidez, empuñó su pistola de rayos láser, y gritó:

—¡Corre, Katja!

—¿Y tú...?

—¡No te preocupes por mí y corre! ¡Vamos, de prisa! —la empujó con su mano izquierda.

Katja Bieler echó a correr, descalza.

Con lo que le dolían los pies, era lo que le faltaba, correr con los pies desnudos por un terreno tan duro.

Curiosamente, no sintió ningún dolor.

Su terror era más fuerte, y le impedía percibir cualquier otra sensación.

Entretanto, Zoran Jankovic había apuntado con su pistola a una de las tres cabezas de la alucinante serpiente.

El monstruoso bicho seguía avanzando con rapidez, y estaba ya muy cerca.

Zoran accionó el gatillo.

El rayo láser surgió instantáneamente por la boca del arma y fue a estrellarse en la cabezota central del animalote, abrasándola y convirtiéndola en una masa de carne deforme, destrozada.

La serpiente se detuvo un instante y lanzó sendos y escalofriantes bramidos por las bocas de sus otras dos cabezas, que agitaba con tremenda fuerza.

Zoran Jankovic efectuó un segundo disparo, tomando como blanco la cabeza izquierda del reptil, pero el continuo movimiento de la misma le hizo fallar.

El rayo láser chocó contra una roca y la pulverizó.

La serpiente, rabiosa y estremecida de dolor, se lanzó hacia Zoran con inusitada rapidez, soltando dentelladas al aire con las dos bocas que le quedaban en condiciones de morder.

Sus colmillos eran realmente terroríficos.

Podía dejar sin cabeza a un hombre de una sola dentellada.

Y estaba claro que su intención era ésa.

Dejar sin cabeza a Zoran Jankovic, el hombre que le había destrozado una de las suyas con su poderosa arma. Después, lo devoraría tranquilamente.

Zoran se dispuso a frenar el ataque de la aterradora bestia.

Y no podía fallar.

Si erraba el disparo, la serpiente caería sobre él y lo haría pedazos.

Era lo que estaba pensando Katja Bieler, que se había detenido detrás de una roca, y desde allí presenciaba el audaz enfrentamiento de Zoran Jankovic con la serpiente de tres cabezas.

La muchacha había visto que Zoran fallaba su segundo disparo, y tenía el corazón más encogido que una pasa. Temía que Zoran no pudiera detener el furioso ataque del reptil, y chilló:

—¡Corre, Zoran...! ¡Huye!

—¡No!

—¡La serpiente te devorará!

—¡Eso quisiera ella! —respondió Zoran, y apretó el gatillo de nuevo.

Esta vez, había apuntado a la cabeza derecha de la serpiente.

Y lo había hecho con pulso firme.

Seguro.

Consciente de que se jugaba la vida en aquel disparo.

Y no falló.

El rayo láser alcanzó de lleno la cabezota de la serpiente, achicharrándola, despedazándola, destruyéndola por completo.

El terrorífico reptil no tuvo más remedio que frenar su carrera, dando unos rugidos espantosos con la boca de su cabeza izquierda, la única que le quedaba.

Zoran no esperó a que la serpiente le atacara de nuevo.

La tenía muy cerca, a escasos metros, y decidió rematarla.

Su siguiente disparo alcanzó justamente al reptil en el punto donde nacían las tres cabezas.

Era más fácil darle allí que en la cabeza que le quedaba intacta, porque el animalote la agitaba como si se hubiera vuelto loco.

Al ser alcanzado en el cuerpo, el reptil se enrolló, emitiendo bramidos.

La pistola de Zoran siguió vomitando rayos láser, abrasando todo el cuerpo de la serpiente, que ya estaba agonizando.

Un último disparo, que destrozó la cabeza que le quedaba sana, puso fin a la vida del horripilante reptil, cuyo cuerpo achicharrado y despedazado despedía un hedor nauseabundo.

* * *

Zoran Jankovic enfundó su pistola, recogió las botas de Katja Bieler, y caminó hacia la muchacha.

Ella salió a su encuentro.

—¡Zoran, amor mío!

Jankovic la recibió en sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Tranquila, nena. La monstruosa serpiente está muerta.

—¡Pensé que iba a devorarte!

—Te dije que no lo conseguiría.

—¡Qué miedo he pasado, Zoran!

—¿Te has lastimado los pies, al correr descalza?

—Pues, la verdad es que no lo sé. Ni siquiera pensé en ello.

—Te echaré una mirada.

—¿Por qué me coges en brazos, Zoran?

—No quiero que te lastimes más los pies. Y no puedo atendértelos aquí, porque huele muy mal. Nos alejaremos un poco más del cadáver de la serpiente.

—Es una buena idea, cariño —sonrió Katja, y le besó.

Zoran avanzó unos veinticinco metros y luego depositó a la muchacha sobre una piedra.

—Veamos esos bonitos pies —dijo, arrodillándose.

Katja miró a su alrededor.

—No aparecerá otra serpiente de tres cabezas, ¿verdad?

—Espero que no —sonrió Zoran—, Pero, si aparece, daré buena cuenta de ella. A mí no hay serpiente que se me resista, por muy grande que sea ni muchas cabezas que tenga.

—Ni serpiente, ni mujer —repuso Katja, pasándole los brazos por el cuello.

—¿Tú crees?

—Lo sé mejor que nadie.

—Bueno, no creo que intente conquistar a ninguna otra. Contigo tengo más que suficiente.

—Eso te lo puedo asegurar.

—Descarada.

Katja rió.

—Sólo soy una mujer enamorada. Locamente enamorada. Y cuando una mujer ama así a un hombre, se entrega totalmente a él, en cuerpo y alma. Y si no hubiera sido por el inoportuno silbidito, te lo habría demostrado.

—Tendrás nuevas oportunidades, no te preocupes.

—Eso espero.

Se dieron un beso.

Después, Zoran examinó las plantas de los pies de Katja.

—No tienes ninguna herida. Sólo algunos rasguños sin importancia.

—¡Qué suerte!

—Te daré unos masajes, y te pondré las botas.

—Adelante, señor masajista.

Zoran empezó a friccionar suavemente los desnudos pies femeninos.

Katja compuso un gracioso mohín.

—¿Sabes que no se te da nada mal, cariño?

—Y eso que los pies no son mi fuerte, ya te lo dije.

—Dime cuál es tu especialidad, que antes no pudiste.

—Te haré una demostración en cuanto acabe con los pies.

—No me tengas sobre ascuas, dame al menos una pequeña pista.

—No.

—Por favor, cariño...

Zoran se quedó mirándola.

—¿Recuerdas lo que te cogí en el río?

—Claro.

—Pues ésa es mi especialidad, en lo que a los masajes se refiere.

Katja se echó a reír.

—¡Es usted un sinverguenzón, capitán Jankovic!

—Desde que era pequeñito —respondió Zoran, riendo también.

—Aquello no fue accidental, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Debí imaginarlo.

—Representé bien mi papel, ¿verdad?

—Magníficamente, bribón.

Rieron de nuevo los dos.

Después, Zoran le puso las botas a Katja y dijo:

—Listo, preciosa.

Ella se abrió el traje y rogó:

—Venga esa demostración, capitán.

—Encantado —respondió Zoran, deslizando su mano por la abertura del traje.

Se disponía a deslizar la otra también, cuando su ágil oído detectó el ruido de un motor.

Miró hacia el cielo y exclamó:

—¡Vienen por nosotros, Katja!

CAPITULO VI

Katja Bieler miró también hacia arriba, descubriendo el vehículo volador, todavía lejano.

—¡Es cierto!

—¡Te dije que vendrían en nuestra busca!

—Me alegro, aunque no hayan sido muy oportunos.

Zoran Jankovic rió.

—Sé a lo que te refieres, y creo que tienes razón. No tenemos suerte en ese aspecto, cariño.

—Ninguna, desde luego —rezongó Katja—, Primero el silbidito, y ahora el ruido de un motor.

—La próxima vez no nos interrumpirá nada ni nadie, ya lo verás.

—Permíteme que lo dude. Anda, saca la mano de ahí, que tengo que subirme la cremallera.

—Un último apretoncito, ¿vale?

—Vale —sonrió Katja.

Zoran se lo dio y retiró la mano.

Katja se cerró el traje.

Se pusieron los dos en pie y agitaron los brazos, para llamar la atención de los ocupantes del vehículo volador, que ya estaba cerca.

Fueron descubiertos con facilidad y el aparato descendió, al tiempo que reducía su velocidad.

Poco después, el vehículo volador se posaba en el suelo, a pocos metros de Zoran y Katja.

Sólo iban en él dos personas.

El piloto, y el profesor Nicholson.

Fue el prestigioso geólogo el primero en descender del aparato.

—¡Capitán Jankovic! ¡Katja! —exclamó, corriendo hacia ellos.

—Tranquilícese, profesor —sonrió Zoran—, Estamos bien.

—¡Gracias a Dios! ¡Vimos esa monstruosa serpiente de tres cabezas, y temimos que...!

—Ya recibió lo suyo, profesor.

—¡Nos dio un susto de muerte! —dijo Katja.

Thomas Nicholson, de cuarenta y siete años de edad, estatura corriente, complexión delgada, y cabello gris, graciosamente desordenado, explicó:

—Intenté ponerme en comunicación con usted, capitán Jankovic, pero no hubo manera.

—Mi vehículo volador sufrió un accidente, y quedó totalmente destruido, profesor. Y mi telecomunicador portátil está averiado. Por eso no pude responder a su llamada, ni llamar a la Base a mi vez —informó Zoran.

—¿Qué les ocurrió exactamente, capitán?

Zoran se lo refirió, omitiendo los detalles íntimos.

El geólogo dijo:

—En la Base detectamos la erupción de ese volcán.

Y las de los otros tres, también.

Zoran y Katja respingaron a un tiempo.

—¿Otros tres...? —exclamó el primero.

El profesor Nicholson asintió con la cabeza.

—Así es, capitán. Cuatro volcanes entraron en erupción. Y lo hicieron al mismo tiempo. Con sospechosa exactitud. Afortunadamente, esos volcanes se hallan lo suficiente lejos de las minas de titanio y wolframio que estamos explotando, y no hemos

tenido que lamentar bajas ni daños materiales.

Zoran entrecerró los ojos.

—¿Por qué dijo eso de «sospechosa exactitud», profesor Nicholson...?

El geólogo tardó unos segundos en responder, dando la impresión de que estaba meditando su respuesta.

—Lo que ha sucedido es muy raro, capitán Jankovic. Algunos colegas y yo examinamos personalmente todos y cada uno de los volcanes que existen en este planeta, usted lo sabe.

—Sí, estoy enterado.

—Todos ellos estaban apagados, y llevaban muchos años así, sin entrar en erupción. De pronto, cuatro de ellos se despiertan y empiezan a vomitar toneladas de lava. El mismo día y a la misma hora. Y, para que el hecho resulte aún más sospechoso, esos cuatro volcanes forman una especie de cuadrado. He trazado unas líneas en el mapa de Vulcano, y el cuadrado sale perfecto.

—Puede deberse a una simple casualidad, profesor.

El geólogo movió la cabeza negativamente.

—Yo no suelo creer en las casualidades, capitán Jankovic.

—¿Qué opina, entonces...?

—Pues, que tengo la sensación de que se trata de algo deliberado.

—¿Deliberado...?

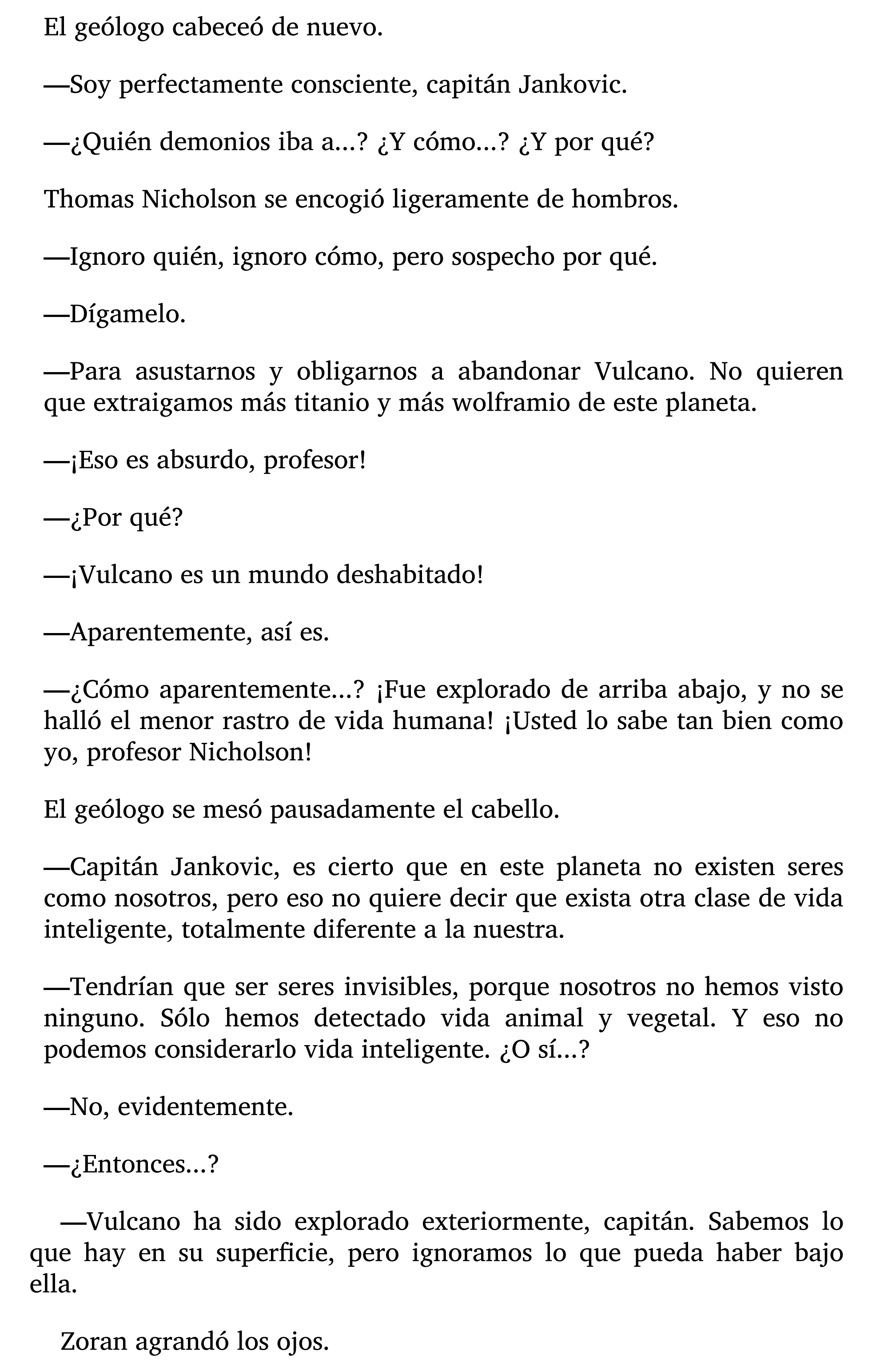
—Sí, sospecho que la erupción de esos cuatro volcanes fue provocada, capitán.

—¡Provocada!

El geólogo asintió mudamente con la cabeza.

Zoran, tras cambiar una mirada con Katja, que se hallaba tan perpleja como él, murmuró:

—¿Sabe usted lo que está diciendo, profesor Nicholson. .



El geólogo cabeceó de nuevo.

—Soy perfectamente consciente, capitán Jankovic.

—¿Quién demonios iba a…? ¿Y cómo…? ¿Y por qué?

Thomas Nicholson se encogió ligeramente de hombros.

—Ignoro quién, ignoro cómo, pero sospecho por qué.

—Dígamelo.

—Para asustarnos y obligarnos a abandonar Vulcano. No quieren que extraigamos más titanio y más wolframio de este planeta.

—¡Eso es absurdo, profesor!

—¿Por qué?

—¡Vulcano es un mundo deshabitado!

—Aparentemente, así es.

—¿Cómo aparentemente…? ¡Fue explorado de arriba abajo, y no se halló el menor rastro de vida humana! ¡Usted lo sabe tan bien como yo, profesor Nicholson!

El geólogo se mesó pausadamente el cabello.

—Capitán Jankovic, es cierto que en este planeta no existen seres como nosotros, pero eso no quiere decir que exista otra clase de vida inteligente, totalmente diferente a la nuestra.

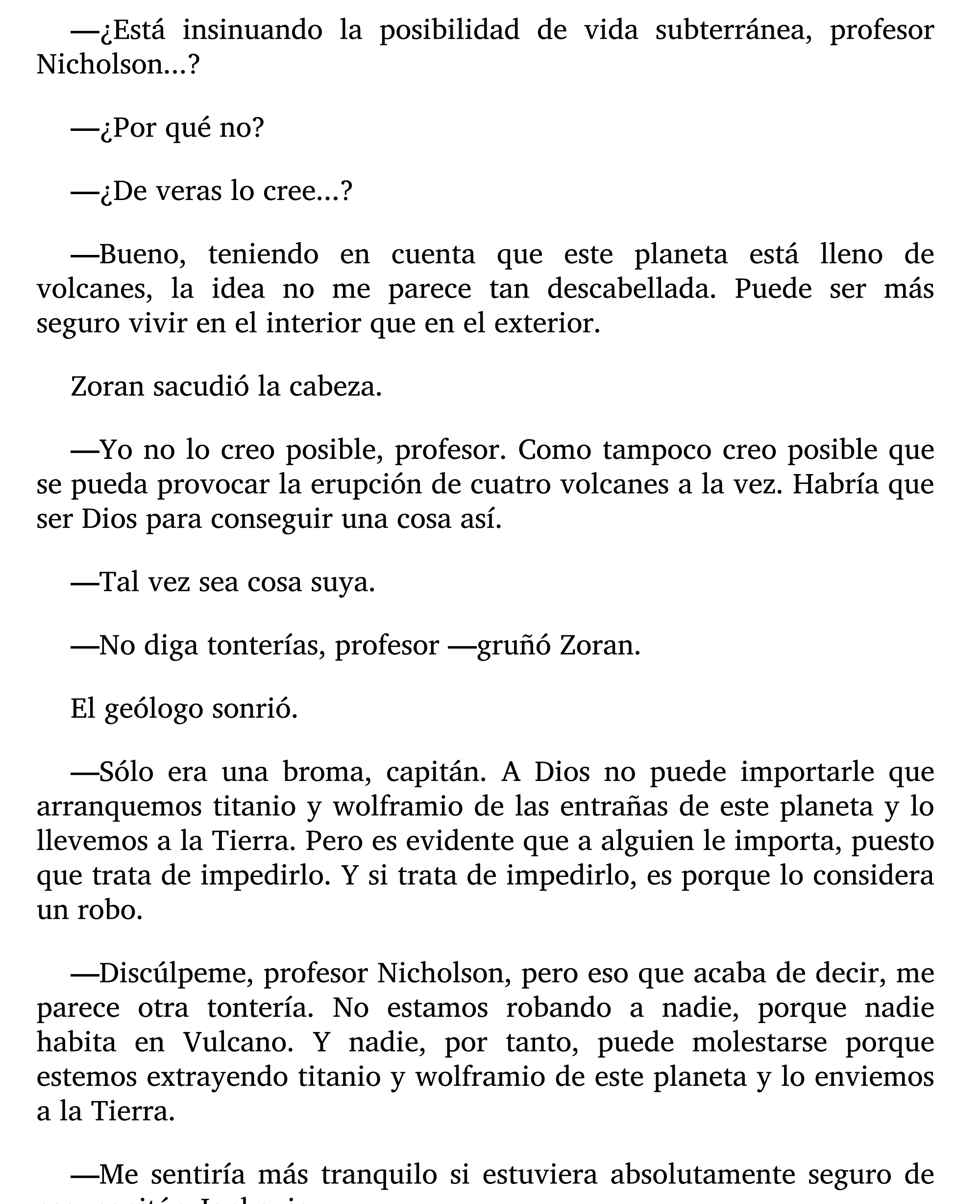
—Tendrían que ser seres invisibles, porque nosotros no hemos visto ninguno. Sólo hemos detectado vida animal y vegetal. Y eso no podemos considerarlo vida inteligente. ¿O sí…?

—No, evidentemente.

—¿Entonces…?

—Vulcano ha sido explorado exteriormente, capitán. Sabemos lo que hay en su superficie, pero ignoramos lo que pueda haber bajo ella.

Zoran agrandó los ojos.



—¿Está insinuando la posibilidad de vida subterránea, profesor Nicholson...?

—¿Por qué no?

—¿De veras lo cree...?

—Bueno, teniendo en cuenta que este planeta está lleno de volcanes, la idea no me parece tan descabellada. Puede ser más seguro vivir en el interior que en el exterior.

Zoran sacudió la cabeza.

—Yo no lo creo posible, profesor. Como tampoco creo posible que se pueda provocar la erupción de cuatro volcanes a la vez. Habría que ser Dios para conseguir una cosa así.

—Tal vez sea cosa suya.

—No diga tonterías, profesor —gruñó Zoran.

El geólogo sonrió.

—Sólo era una broma, capitán. A Dios no puede importarle que arranquemos titanio y wolframio de las entrañas de este planeta y lo llevemos a la Tierra. Pero es evidente que a alguien le importa, puesto que trata de impedirlo. Y si trata de impedirlo, es porque lo considera un robo.

—Discúlpeme, profesor Nicholson, pero eso que acaba de decir, me parece otra tontería. No estamos robando a nadie, porque nadie habita en Vulcano. Y nadie, por tanto, puede molestarse porque estemos extrayendo titanio y wolframio de este planeta y lo enviemos a la Tierra.

—Me sentiría más tranquilo si estuviera absolutamente seguro de eso, capitán Jankovic.

—Yo lo estoy, créame. Sé que Vulcano es un planeta deshabitado. No existe vida inteligente en él. Sólo animales y plantas. Y ellos no necesitan titanio ni wolframio para nada.

Thomas Nicholson suspiró.

—Está bien, pensaré que la repentina erupción de esos cuatro volcanes, en el mismo día y a la misma hora, formando además un cuadrado perfecto en el mapa de Vulcano, se debió a una simple

casualidad.

—No cabe otra explicación lógica, profesor.

—Ojalá sea así, capitán. Porque, si yo estuviera en lo cierto, nuevos volcanes entrarían en erupción. Y no solamente con el propósito de asustarnos, sino de aniquilarnos, ya que asustarnos no ha sido suficiente para obligarnos a abandonar el planeta.

* * *

El regreso a la Base lo hicieron en silencio.

Todos estaban pensativos.

Y preocupados.

El piloto se limitaba a manejar los mandos del vehículo volador, pero como había oído toda la conversación que habían mantenido el capitán Jankovic y el profesor Nicholson, no podía dejar de pensar en ello.

¿Tendría razón el geólogo…?

¿Tendría razón el capitán Jankovic…?

El piloto no sabía a quién dársela, aunque, por razones obvias, esperaba que la razón la tuviese el capitán.

¡Sería terrible que la tuviese el profesor Nicholson!

Lo mismo se decía Katja Bieler, que viajaba detrás, al lado de Zoran Jankovic, mientras que Thomas Nicholson iba junto al piloto.

Katja, por primera vez en su vida, había presenciado cómo un volcán entraba furiosamente en erupción.

Y lo había presenciado desde tan cerca, que casi le costó la vida.

No, no tenía ganas de vivir otra experiencia semejante.

Por eso deseaba que Zoran estuviese en lo cierto y el profesor Nicholson equivocado. No quería morir aplastada por un gigantesco pedrusco caliente o engullida por un mar de lava.

Sólo de pensarlo, se le ponía la piel de gallina.

Instintivamente, Katja cogió la mano de Zoran y se la apretó.

El la miró un instante, pero no rompió su silencio.

Se limitó a oprimir a su vez la mano femenina,

Katja tampoco dijo nada.

Cuando llegaron a la Base, era ya totalmente de noche.

Inmediatamente fueron informados de que los cuatro volcanes había dejado de vomitar lava.

Y, curiosamente, el cese de las erupciones había sido simultáneo.

Los cuatro volcanes se había despertado a la vez, y también se habían dormido al mismo tiempo, con una precisión matemática.

Thomas Nicholson miró a Zoran Jankovic.

—¿Seguimos pensando que todo se debe a una simple casualidad, capitán…?

Zoran apretó los labios.

No sabía responder.

El profesor Nicholson preguntó si se había detectado la erupción de algún otro volcán.

Afortunadamente, no había sido así.

Todos los cráteres de Vulcano parecían dormir, en aquellos momentos.

El geólogo, sin embargo, no se fiaba un pelo de aquella calma aparente.

Sabía que podía romperse de un instante a otro.

Zoran Jankovic dijo:

—Tengo que informar a la Tierra de lo sucedido.

—Sí, debe hacerlo, capitán —estuvo de acuerdo Thomas Nicholson.

Zoran se situó frente a la pantalla de comunicaciones y efectuó la llamada.

Súbitamente, en la pantalla apareció un extraño personaje, quien, con voz de ultratumba, se presentó:

—¡Soy Hefestos, el dios de los volcanes!

CAPITULO VII

Zoran Jankovic, Katja Bieler, el profesor Nicholson, y cuantos se hallaban presentes en la sala, se quedaron atónitos.

Todos tenían los ojos clavados en la pantalla de comunicaciones, donde seguía viéndose con toda claridad la sorprendente imagen del ser que afirmaba llamarse Hefestos y ser el dios de los volcanes.

Se trataba de un hombre fuerte y musculoso, cuya edad resultaba difícil de precisar. Tenía el pelo oscuro y rizado, y lucía una poblada barba, igualmente rizada. Sus ojos, negros y brillantes, miraban fijamente, sin pestañear. Se cubría con un túnica roja, muy brillante.

De pronto, Thomas Nicholson exclamó:

—¡Es Vulcano...!

—¿Vulcano...? —respingó Zoran.

—¡Sí, el dios del fuego!

Zoran soltó un gruñido.

—No diga estupideces, profesor.

El extraño ser dejó oír nuevamente su estremecedora voz:

—¡No son estupideces, capitán Jankovic! ¡El profesor Nicholson está en lo cierto! ¡Los latinos me llamaron Vulcano, y los griegos, Hefestos!

—¡Es verdad, capitán! —confirmó el geólogo— ¡Vulcano, entre los griegos, se llamó Hefestos!

—Cállese, profesor, y deje que ese personaje hable.

Thomas Nicholson, muy nervioso, guardó silencio.

El hombre de la túnica roja prosiguió:

—Sí, soy Hefestos, dios del fuego y de los volcanes, también llamado Vulcano. Soy hijo de Júpiter y de Juno. Nací feo y deforme, y mi madre me precipitó desde lo alto del Olimpo. Quedé cojo. Con los

cíclopes, en los subterráneos del Etna, fabriqué los rayos de Júpiter. Difundí entre los hombres el arte de trabajar los metales y merecí especial adoración por los guerreros y artesanos. Tuve por esposa a Venus, y...

—¿Por qué no nos cuentas una de indios, barbudo? —le interrumpió Zoran, con burlona sonrisa.

—¿Indios...?

—Sí, esos seres de raza cobriza que llevaban plumas en el pelo y disparaban flechas. Sería mucho más divertido.

—No te entiendo, capitán Jankovic.

—Te lo diré más claro, Nefastos.

—¡Hefestos! —corrigió el personaje.

—Eso. Bien, como te decía, Hefestos, voy a hablarte más claro. Estamos en pleno siglo XXI, y ya hace tiempo que dejamos de chuparnos el dedo. No nos gusta que nos tomen el pelo, ¿sabes? Tu disfraz es muy bonito, y tu discurso, pronunciado con esa voz que parece llegar del fondo de un cráter, muy adecuado. Se nota que te lo has estudiado muy bien, pero no va a servirte de nada, porque nosotros no creemos en dioses, ni del fuego, ni de la guerra, ni del amor, ni del mar, ni de nada. Eso estaba bien para los griegos y para los romanos, que eran así de tontos, pero no para nosotros. ¿Me he explicado con claridad, Fosfatos...?

—¡Hefestos! —corrigió de nuevo el personaje, cuyos ojos centelleaban de ira.

Zoran emitió una tosecita.

—Disculpa, barbudo. Si tuvieras un nombre más corriente, no me equivocaría tanto.

—¡Eres un inconsciente, capitán Jankovic!

—¿Tú crees?

—¡Te has burlado de mí, y eso puede costaros la vida a todos!

—¿En serio?

—¡Mi poder es infinito, puedo destruiros a todos!

—¿Tú solito, o con la ayuda de cíclopes?

—¡Yo sólo, estúpido!

—¿Puedo preguntarte cómo, Insectos?

—¡Hefestos, Hefestos, Hefestos!

—Diablos, ya me equivoqué otra vez —rezongó Zoran, chasqueando los dedos.

—¡Lo haces a propósito, maldito!

—Te aseguro que no, barbas.

—¡Puedo hacer que todos los volcanes de este planeta entren en erupción!

—¿A la vez, o de cuatro en cuatro?

—¡Todos a la vez, si quiero! ¡Soy su Dios, y ellos me obedecen!

—Eso está bien, Desinfectos. La obediencia es una gran virtud.

El curioso personaje soltó un rugido de cólera.

—Sigues tomando a broma mi poder, ¿eh, capitán Jankovic? —barbotó, sin molestarse en decir una vez más que su nombre era Hefestos, no Desinfectos.

Zoran sonrió.

—No es que dude de tu poder, es que sé que no tienes ninguno.

—¡Yo hice entrar en erupción esos cuatro volcanes, capitán Jankovic!

—De eso sí que no me cabe la menor duda, ¿ves?

—¿Cómo puedes dudar de mi poder, entonces?

—Dime cómo lo hiciste, Cabestros.

—¡Hefestos, por Júpiter! —bramó el personaje, colérico.

—O sea, por tu padre.

—¿Qué?

—Dijiste que eras hijo de Júpiter, ¿no?

—¡Sí!

—Entonces, por tu padre.

El Dios de los volcanes se tiró de la barba.

—¡Estoy a punto de estallar de ira!

—Como uno de tus volcanes, ¿no?

—¡Basta de burlas, maldito!

—Está bien, olvídalo y dime cómo hiciste entrar en erupción esos cuatro volcanes

—¡Con mi extraordinario poder!

—Te ruego que seas más explícito.

—¡No tengo nada que explicar! ¡Yo ordeno a mis volcanes que entren en erupción, y ellos empiezan a vomitar fuego!

—¿Qué esperabas conseguir provocando la erupción de esos cuatro volcanes?

—¡Quiero que abandonéis este planeta!

—¿Por qué? ¿Es tuyo, acaso...?

—¡Sí, me pertenece!

—¿A quién se lo compraste?

—¡No se lo compré a nadie! ¡Lo elegí para mí cuando abandoné la Tierra, y desde entonces descanso aquí! ¡Este planeta es mi reino, y no permito que nadie venga a quebrantar mi reposo y mi tranquilidad!

—Lo que no quieres tú, es que explotemos los yaci- miemos de titanio y de wolframio. Vamos, confiésalo.

—¡No quiero, es verdad!

—¿Cuál es la razón?

—¡Esos minerales pertenecen a este planeta, y no deben ser

arrancados de sus entrañas!

—¿Te sirven de algo a ti?

—¡No!

—¿Entonces...?

El personaje soltó un bufido y dijo:

—¡No quiero seguir discutiendo contigo, capitán Jankovic! ¡Os doy veinticuatro horas para que abandonéis el planeta! ¡Si no lo hacéis, moriréis todos! ¡Yo me encargaré de ello!

De repente, algo estalló y el dios de los volcanes quedó totalmente envuelto en humo.

Y, cuando el humo se disipó, del extraño personaje ya no quedaba ni rastro.

CAPITULO VIII

Zoran Jankovic se puso a aplaudir socarronamente.

—Una gran representación, sí, señor. Y con un final de mucho efecto, tengo que reconocerlo.

El profesor Nicholson cambió una mirada con Katja Bieler, que había palidecido claramente, al igual que el resto del personal de la Base que en aquellos momentos se hallaba presente en la sala.

El temor era general.

Y también la sorpresa, por la forma en que el capitán Jankovic había replicado al hombre que aseguraba ser Hefestos, el dios de los volcanes.

Zoran Jankovic se volvió hacia el geólogo.

—Tenía usted razón, profesor Nicholson. La erupción de esos cuatro volcanes, fue provocada por nuestro barbudo amigo. No quiso decirnos cómo lo hizo, pero admitió que trata de impedir que sigamos extrayendo titanio y wolframio de este planeta. También en eso acertó usted, profesor.

Thomas Nicholson se retorció las manos nerviosamente.

—¿Por qué le habló usted así a Vulcano, capitán...?

—¿Vulcano...?

—Bueno, a Hefestos, lo mismo le da. Se trata del mismo dios.

—¿Dios...?

—El asegura que lo es, y después de la erupción de los cuatro volcanes, el mismo día y a la misma hora, creo que no debemos dudar de que efectivamente se trata del dios del fuego.

Zoran se echó a reír.

—¡Por favor, profesor Nicholson! Es usted un hombre de ciencia,


de los más inteligentes que conozco. ¿Cómo es posible que se haya tragado el cuento que nos soltó el barbas…?

El geólogo titubeó.

—Bueno, yo…

—Ese tipo era un farsante, profesor. Un actor que representó magníficamente su papel, con el único objeto de meternos el miedo en el cuerpo y hacernos abandonar el planeta. Nada de Hefestos, nada de Vulcano, nada de dios de los volcanes… Todo forma parte de la misma comedia. Una comedia que comenzó con la erupción de esos cuatro volcanes, lo cual debía servir para apoyar la ridícula historia que nos tenía preparada el tipo. Pero yo no me tragué la píldora. Quieren echarnos de este planeta, para explotar ellos las minas de titanio y wolframio.

—¿Ellos…?

—Sí, ellos, profesor.

—¿A quiénes se refiere, capitán?

—A los hombres que quieren arrojarnos de Vulcano. No sé quiénes son, pero lo averiguaré. No será difícil, ahora que conocemos sus intenciones. Y no dejaremos que se salgan con la suya. Lucharemos… y les venceremos.

Thomas Nicholson se retorció de nuevo las manos.

—Capitán Jankovic, si estuviera usted equivocado…

—Sé que no lo estoy, profesor Nicholson

—Hefestos nos concedió un plazo de veinticuatro horas para abandonar el planeta.

—Si, ya lo oí —sonrió Zoran—. Y también oí lo que dijo después, pero yo me río de sus amenazas.

—Si pudo provocar la erupción simultánea de cuatro volcanes, también podrá provocar la erupción de los demás.

—No lo hará, tranquilícese.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues, muy sencillo. Porque a él tampoco le interesa cubrir de lava la faz de este planeta. Quiere explotar los yacimientos de titanio y wolframio, no lo olvide.

El geólogo, tras unos segundos de silencio, preguntó:

—¿No va a informar a la Tierra de lo que está sucediendo, capitán Jankovic?

—No, he cambiado de idea, profesor. Y le explicaré por qué. En primer lugar, porque la llamada sería seguramente interceptada por nuestros enemigos, como lo fue la que realicé antes. Recuerde que el barbas apareció en la pantalla de comunicaciones justo en el instante en que yo efectuaba la llamada.

—Sí, es verdad.

—El segundo motivo, es que no puedo decir a la Tierra que en Vulcano se nos ha aparecido el dios Hefestos, dueño y señor de los volcanes de este planeta. Pensarían que me he vuelto loco, y se preocuparían mucho. No, es mejor no decirles nada, por el momento. Cuando todo esto se haya aclarado, ya informaré a la Tierra de todo.

* * *

Katja Bieler se había retirado a su habitación.

Estaba echada en la cama, pero no dormía.

Esperaba a Zoran Jankovic.

El le había prometido que acudiría a su habitación en cuanto acabara de repartir las órdenes, pero se estaba retrasando mucho.

Por fin, llamaron a la puerta.

Katja brincó de la cama y abrió.

—¡Zoran!

—Lo siento, no he podido venir antes —explicó él.

—No importa, cariño. Vamos, pasa.

Zoran entró en la habitación.

Katja cerró la puerta y se volvió hacia él.

—Zoran...

Jankovic la abrazó con fuerza y la besó en los labios con vehemencia.

Ella se mostró muy apasionada, también.

Zoran la empujó hacia la cama y cayeron los dos en ella, estrechamente abrazados. Se miraron a los ojos.

—¿Vas a hacerme el amor, Zoran? —preguntó ella.

—A eso he venido.

—Espero no defraudarte.

—¿Por qué dices eso?

—Mi estado de ánimo no es precisamente el mejor, Zoran.

—Estás asustada, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Piensas como el profesor Nicholson?

Katja se mordisqueó los labios antes de responder.

—No quiero pensar como él, pero...

—El tipo de la barba no es ningún dios, te lo aseguro

—¿Por qué, entonces, tiene tanto poder?

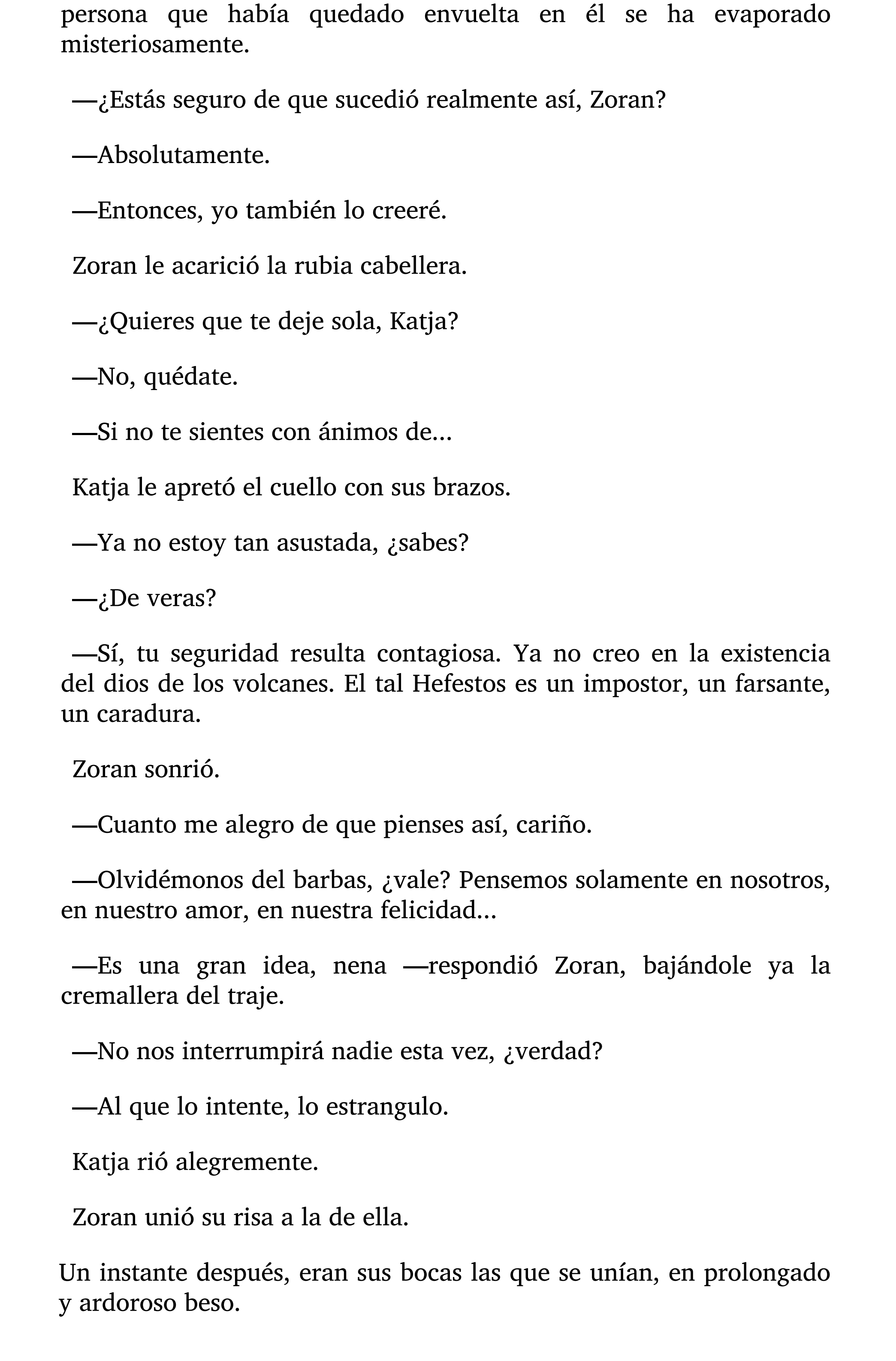
—Te refieres a la erupción de los cuatro volcanes, ¿verdad?

—Sí.

—No sé cómo lo hizo, pero debió emplear medios técnicos. Yo no creo en poderes sobrenaturales.

—Su forma de desaparecer de la pantalla de comunicaciones..

—Es un truco muy viejo, Katja. Una simple bomba de humo, se forma una densa cortina, y uno puede alejarse sin que nadie se dé cuenta. Y, cuando el humo se disipa, da la sensación de que la


persona que había quedado envuelta en él se ha evaporado misteriosamente.

—¿Estás seguro de que sucedió realmente así, Zoran?

—Absolutamente.

—Entonces, yo también lo creeré.

Zoran le acarició la rubia cabellera.

—¿Quieres que te deje sola, Katja?

—No, quédate.

—Si no te sientes con ánimos de...

Katja le apretó el cuello con sus brazos.

—Ya no estoy tan asustada, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, tu seguridad resulta contagiosa. Ya no creo en la existencia del dios de los volcanes. El tal Hefestos es un impostor, un farsante, un caradura.

Zoran sonrió.

—Cuanto me alegro de que pienses así, cariño.

—Olvidémonos del barbas, ¿vale? Pensemos solamente en nosotros, en nuestro amor, en nuestra felicidad...

—Es una gran idea, nena —respondió Zoran, bajándole ya la cremallera del traje.

—No nos interrumpirá nadie esta vez, ¿verdad?

—Al que lo intente, lo estrangulo.

Katja rió alegremente.

Zoran unió su risa a la de ella.

Un instante después, eran sus bocas las que se unían, en prolongado y ardoroso beso.

* * *

Katja Bieler se despertó con una extraña sensación de desasosiego.

—Zoran... —pronunció quedamente, al descubrir que el capitán Jankovic no se encontraba a su lado.

Tampoco estaba su ropa, lo que vino a demostrar que Zoran Jankovic se había vestido y habla abandonado silenciosamente la habitación, para no despertarla.

Katja se asustó al saberse sola.

Y es que tenía la desagradable sensación de que *no* estaba sola.

En la habitación había alguien más.

Sin embargo, ella no veía a nadie.

¿Figuraciones suyas...?

¿Consecuencias de su miedo...?

Katja se dijo que sí, que ésa era la causa de todo, el miedo que sentía.

Lo mejor era dormirse de nuevo, así dejaría de pensar cosas raras.

Había cerrado ya los ojos, cuando oyó que algo estallaba en su habitación.

Katja los abrió de golpe y descubrió la densa cortina de humo.

El humo empezó a disiparse y la aterrada muchacha pudo vislumbrar la figura de Hefestos, el dios de los volcanes.

CAPITULO IX

Katja Bieler hubiera querido gritar a pleno pulmón, pero se había quedado sin voz.

Era como si una mano de acero atenazase su garganta, impidiéndole emitir sonido alguno.

También hubiera querido saltar de la cama y salir corriendo de la habitación, pero su cuerpo estaba paralizado por el terror. No podía mover los brazos ni las piernas.

Ni tan siquiera los párpados, que se negaban rotundamente a cerrarse, por lo que Katja no tuvo más remedio que presenciar cómo se disipaba totalmente el humo y el dios de los volcanes quedaba perfectamente visible.

Y, esta vez, de cuerpo entero, no como en la pantalla de comunicaciones, en donde sólo apareció su busto.

Katja pudo comprobar que, efectivamente, Hefestos estaba cojo.

De la pierna izquierda, concretamente.

Calzaba unas sandalias doradas.

En su mano derecha, esgrimía una espada en forma de rayo.

Esto último aterrorizó aún más a Katja, pues pensó que el dios de los volcanes había venido a matarla, y su cuerpo, totalmente desnudo bajo la sábana, tembló como una hoja.

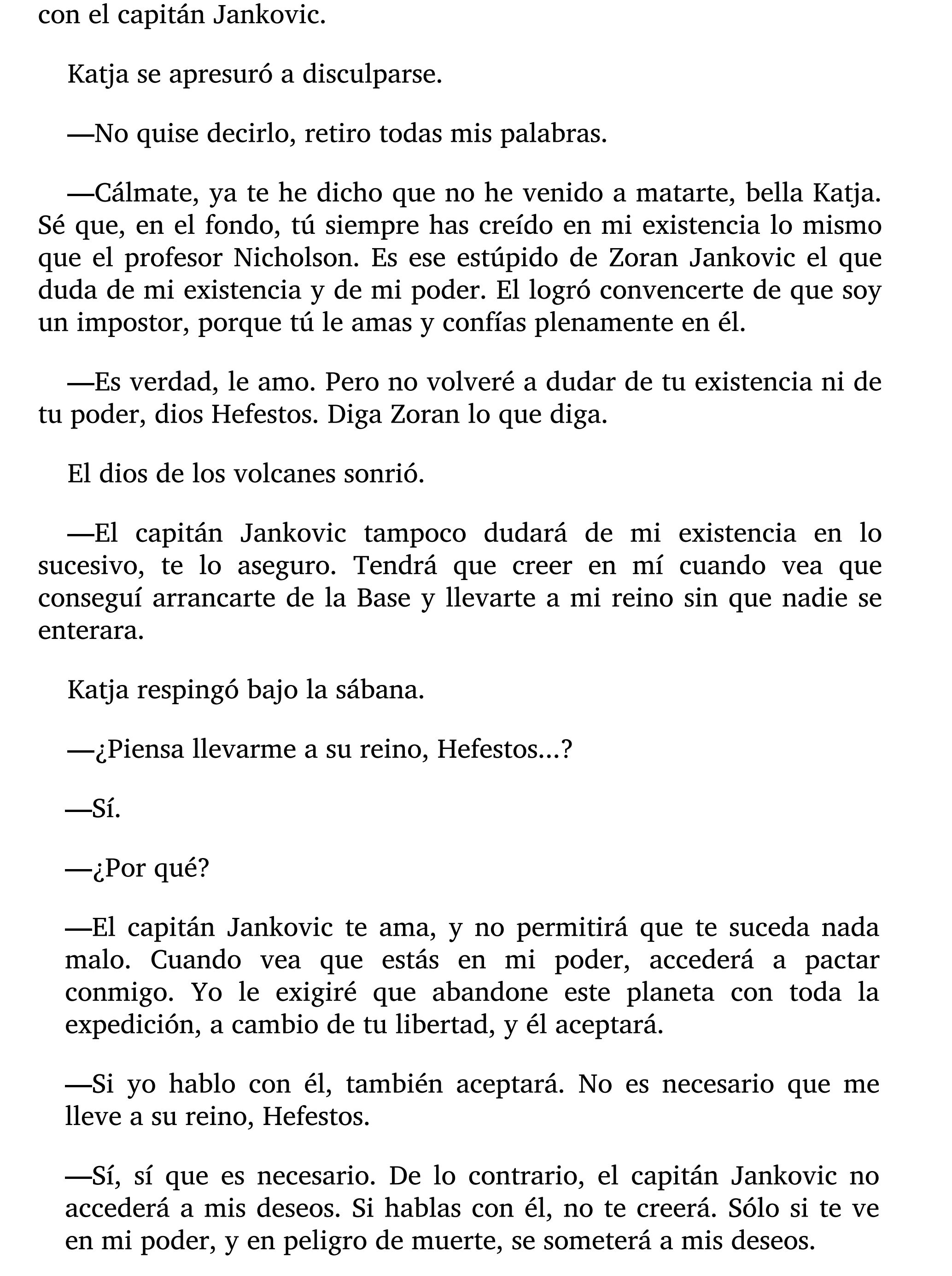
Hefestos pareció adivinar sus pensamientos, pues, con su siniestra voz de ultratumba, dijo:

—Tranquilízate, hermosa Katja. No he venido a acabar con tu vida. Podría hacerlo fácilmente, si quisiera, con mi espada, que lanza poderosos rayos de fuego. Bastaría uno solo de ellos para convertirte en una antorcha humana. Perecerías abrasada en sólo unos segundos, entre horribles sufrimientos.

Los temblores de Katja Bieler se acentuaron.

—No me mate, se lo suplico… —musitó.

—Debería hacerlo, por haber dudado de mi existencia. Incluso me llamaste impostor, farsante y caradura, poco antes de hacer el amor con el capitán Jankovic.



Katja se apresuró a disculparse.

—No quise decirlo, retiro todas mis palabras.

—Cálmate, ya te he dicho que no he venido a matarte, bella Katja. Sé que, en el fondo, tú siempre has creído en mi existencia lo mismo que el profesor Nicholson. Es ese estúpido de Zoran Jankovic el que duda de mi existencia y de mi poder. El logró convencerte de que soy un impostor, porque tú le amas y confías plenamente en él.

—Es verdad, le amo. Pero no volveré a dudar de tu existencia ni de tu poder, dios Hefestos. Diga Zoran lo que diga.

El dios de los volcanes sonrió.

—El capitán Jankovic tampoco dudará de mi existencia en lo sucesivo, te lo aseguro. Tendrá que creer en mí cuando vea que conseguí arrancarte de la Base y llevarte a mi reino sin que nadie se enterara.

Katja respingó bajo la sábana.

—¿Piensa llevarme a su reino, Hefestos…?

—Sí.

—¿Por qué?

—El capitán Jankovic te ama, y no permitirá que te suceda nada malo. Cuando vea que estás en mi poder, accederá a pactar conmigo. Yo le exigiré que abandone este planeta con toda la expedición, a cambio de tu libertad, y él aceptará.

—Si yo hablo con él, también aceptará. No es necesario que me lleve a su reino, Hefestos.

—Sí, sí que es necesario. De lo contrario, el capitán Jankovic no accederá a mis deseos. Si hablas con él, no te creerá. Sólo si te ve en mi poder, y en peligro de muerte, se someterá a mis deseos.

—Me asusta que me lleve usted a su reino, Hefestos

—No temas, hermosa Katja. No te haré ningún daño.

La joven guardó silencio, pero no se movió.

El dios de los volcanes ordenó:

—Levántate de la cama y acércate a mí, Katja.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Estoy desnuda.

—Lo sé, pero eso no debe importarte.

—Me da vergüenza, no puedo evitarlo.

—Ninguna mujer joven y hermosa debe sentir vergüenza cuando muestra su cuerpo desnudo. Al contrario, debe sentirse orgullosa de su belleza. Y tú con mayor motivo, Katja, porque posees un cuerpo maravilloso, turbador, perfecto desde la cabeza a los pies. El capitán Jankovic es un hombre afortunado, no cabe duda.

Katja Bieler se sintió muy halagada por las palabras de Hefestos, pero eso no hizo que su miedo remitiera.

No quería ir al reino del dios de los volcanes.

Por eso no se movió.

Hefestos empezó a perder la paciencia.

—Te he dado una orden, Katja.

—Lo sé, pero…

—No hay «pero» que valga. Cuando yo doy una orden, me gusta que se cumpla inmediatamente. Si no es así, me irrito y me vuelvo sumamente peligroso.

Katja estuvo a punto de apartar la sábana y saltar de la cama, pero el miedo la frenó.

—¡Se acabó mi paciencia! —rugió Hefestos, apuntando hacia los

pies de la cama con su espada.

Del extremo de la misma surgió un rayo de fuego.

Katja dio un grito, al ver que la cama empezaba a arder.

No tuvo más remedio que brincar de ella, totalmente desnuda.

Ni siquiera pudo envolverse en la sábana, porque también ardía.

Hefestos, todavía enfadado, ordenó:

—¡Acércate a mí!

Katja vaciló.

Hefestos la apuntó con su temible espada en forma de rayo.

—¡Acércate o te abraso!

—¡No, no! —suplicó Katja, aproximándose ya al Dios de los volcanes.

Hefestos le rodeó la cintura con su brazo izquierdo, fuertemente, y dijo:

—¡Nos vamos, mujer!

Katja escuchó un estallido y se vio envuelta en humo.

No pudo ver nada.

Ni siquiera a Hefestos, pese a estar prácticamente abrazada a él.

Seguía notando, eso sí, la fuerte presión de su brazo en la cintura.

También percibía el calor que emanaba del cuerpo del Dios de los volcanes y quemaba casi la piel de Katja.

Aquello duró apenas unos segundos.

Después, el humo comenzó a disiparse y Katja pudo comprobar que ya no se hallaba en su habitación, sino en una gigantesca caverna de paredes rojizas, misteriosamente fluorescentes, lo que les permitía iluminar la colosal gruta.

De pronto, Katja ahogó un gemido de terror.

¡Acababa de descubrir algo espantoso!

¡La descomunal caverna estaba habitada por unos seres increíbles!

¡Eran gigantescos!

¡Y sólo tenían un ojo, en medio de la frente!

¡Eran cíclopes!

Katja pensó que iba a desmayarse de horror.

Sentía que sus piernas se negaban a sostenerla, y si no se desplomó, fue porque Hefestos seguía abarcándola por la cintura.

El dios de los volcanes explicó:

—Este es mi reino, hermosa Katja. Estamos en lo más profundo del planeta, y esos hombres gigantes que ves, son mis amigos lo cíclopes, los que me ayudaban a fabricar los rayos de Júpiter en los subterráneos del Etna. No tengas miedo de ellos, no te causarán ningún daño.

Katja observó mejor a los monstruosos cíclopes, con ojos espantados.

Iban prácticamente desnudos, pues sólo se cubrían con un escueto taparrabos.

Los cíclopes la observaron a su vez, con su único pero gigantesco ojo.

Todos se habían, quedado parados.

De repente, uno de ellos se acercó.

Katja creyó morirse de pánico.

Se agarró desesperadamente al dios de los volcanes y gritó:

—¡Sáqueme de aquí. Hefestos!

—Tranquila, bella Katja.

—¡Sáqueme, se lo suplico!

—Ya te he dicho que no debes tener miedo de los cíclopes, son inofensivos.

—¡Les tengo pánico! ¡Qué no se acerquen!

—Sólo quieren tocarte.

—¡No lo permita, Hefestos! ¡No permita que esos gigantes me toquen con sus manazas!

El dios de los volcanes rió.

—No seas tonta, Katja. Las manos de los cíclopes son grandes, pero no hacen daño.

El cíclope que se aproximaba estaba ya muy cerca de Hefestos y Katja.

De pronto, se detuvo y alargó su mano derecha hacia la muchacha.

Katja dio un chillido y se apartó de Hefestos, único modo de impedir que la manaza del cíclope la alcanzase.

—¡No me toques, monstruo! ¡No me toques...!

Hefestos rió.

—¡No tengas miedo, Katja! ¡Sólo desea acariciarte!

—¡No, no, no!

El cíclope dio un paso hacia la muchacha, que valió por media docena de los de ella.

Katja gritó de nuevo y retrocedió más.

El resto de los cíclopes se pusieron también en movimiento.

Todos querían tocar a la muchacha.

Katja quería huir, pero no sabía hacia dónde.

Se hallaba rodeada de cíclopes.

El cerco se fue cerrando.

A Katja le flaquearon las rodillas y se derrumbó. No intentó levantarse.

Sabía que no serviría de nada.

Los cíclopes, muy cerca ya de ella, buscaron su cuerpo desnudo y tembloroso con sus manazas.

Katja reunió las pocas fuerzas que le quedaban y las gastó todas en un chillido realmente desgarrador.

CAPITULO X

Zoran Jankovic se despertó al oír el grito de Katja Bieler.

—¡Katja! —exclamó, alarmado.

Y no era para menos.

Katja tenía el rostro y el torso brillantes de sudor, se agitaba en la cama como si estuviera sufriendo un ataque, braceaba, pataleaba, estrujaba la sábana con sus manos crispadas...

Zoran la cogió por los hombros, con fuerza.

—¡Katja...! ¿Qué diablos te sucede?

Ella no respondió.

Siguió con los ojos cerrados, temblándole los labios, castañeteándole los dientes, sacudiendo la cabeza, contorsionando su cuerpo desnudo y sudoroso, que la revuelta sábana apenas cubría ya.

Zoran la zarandeó.

—¡Katja!

La muchacha abrió los ojos de golpe, pero no pareció ver a Zoran.

Tenía expresión de loca.

Y eso temió Zoran, que se hubiese vuelto loca.

—¡Katja...! ¡Dime que te ocurre!

—¡Apartaos! ¡No me toquéis! —gritó la joven.

—¿Quién quieres que se aparte?

—¡Los ciclopes!

—¿Cíclopes...?

—¡Quiero salir de aquí!

—¿De dónde quieres salir?

—¡De esta gigantesca caverna subterránea!

—¿Caverna subterránea...?

—¡Quiero volver a la Base!

—Estás en la Base, Katja.

—¡No, estoy en el reino de Hefestos!

—¿Reino de...?

—¡Quiero volver junto al capitán Jankovic!

—Con él estás, Katja.

—¡No es verdad! ¡Estoy rodeada de cíclopes! ¡Me miran con ese monstruoso ojo que tienen en medio de la frente! ¡Me tocan con sus enormes manos! ¡Y Hefestos se ríe! ¡El dios de los volcanes no para de reír!

—Es sólo un sueño, cariño. Has sufrido una horrible pesadilla.

—¿Sueño...? ¿Pesadilla...?

—Sí, lo has soñado todo. Estás en tu habitación, acostada en tu cama, y yo estoy contigo.

Katja dio un brinco.

—¡La cama está ardiendo, Zoran!

—¿Qué?

—¡Hefestos la incendió con su espada!

—¿Hefestos tiene una espada...?

—¡Sí, en forma de rayo! ¡Y eso precisamente lanza, rayos de fuego!

—Y quemó tu cama, ¿no?

—¡Sí!

—En el sueño, claro.

—¿Sueño...?

—Sí, en tu pesadilla. Porque la cama, como puedes ver, está intacta. Y yo no huelo a quemado. ¿Hueles tú a quemado, cariño...?

Katja, medio dormida todavía, olisqueó graciosamente el ambiente.

—Tampoco —respondió.

—¿Lo ves?

—La sábana está entera...

—Sí; estrujada, pero entera.

—Casi no me tapa nada...

—De eso no tengo yo la culpa, te lo aseguro.

—¿Quién me dejó con casi todo el aire?

—Hefestos, supongo.

—No, él quemó la sábana, para hacerme saltar desnuda de la cama.

—¡Qué zorro!

—Salté, y él rodeó mi cintura con su brazo, apretadamente.

—Eso no se lo voy a perdonar. Cuando me lo encuentre cara a cara, le voy a arrancar la barba postiza de un castañazo.

Katja lo miró.

—¿Barba postiza...?

—Claro. Forma parte del disfraz, cariño.

—Disfraz...

—Naturalmente. Tú y yo sabemos que Hefestos no existe, ni ha existido nunca. Es sólo un personaje de la mitología griega, que alguien ha elegido para asustarnos y obligarnos a abandonar este planeta, quedándose él y sus amigos con todos los yacimientos de titanio y wolframio que existen en Vulcano. Un plan muy inteligente, aunque no les va a dar ningún resultado, porque pienso desenmascarar al falso dios de los volcanes y a todos sus

compañeros.

Katja Bieler se llevó las manos a las sienes.

—Ya no sé qué pensar, Zoran. Lo vi todo tan claro, tan real...

—Te creo. Hay sueños que parecen realidad. Y, aun después de habernos despertado, seguimos dudando de que haya sido solamente un sueño. A mí me ha pasado muchas veces, te lo aseguro.

—¿De verdad?

—Oh, sí, créeme.

Katja se abrazó a él.

—Estréchame con fuerza, Zoran.

—Encantado.

—Sigo estando asustada. Muy asustada.

—¿Por qué no me cuentas lo que has soñado?

—¿Quieres saberlo todo?

—Sí, desde el principio. Y cuando hayas acabado, tú te sentirás mucho mejor y yo habré saciado la curiosidad que siento en estos momentos.

—¿De veras sientes curiosidad?

—Mucha, te doy mi palabra. Te oí hablar de cíclopes, de una gigantesca caverna subterránea, de una espada en forma de rayo, que lanza rayos de fuego...

—Todo eso forma parte de la horrible pesadilla.

—Vamos, empieza ya. Y, mientras te escucho, acariciaré tu precioso cuerpo desnudo, que todavía tiembla entre mis brazos, sudoroso y estremecido.

—Está bien, te lo contaré todo desde el principio —accedió Katja.

* * *

—Y ahí fue cuando me desperté, Zoran —concluyó Katja.

—Cuando los monstruosos cíclopes te tenían cercada y se disponían a tocar tu hermoso cuerpo denudo con sus manazas, ¿no?

—Exacto.

—No me extraña que lo intentaran, con lo tremenda que estás.

—¿Es que vas a tomarte mi pesadilla a broma?

—gruñó Katja.

—Por favor, no digas eso.

—Lo pasé muy mal, ¿sabes?

—Yo tampoco lo pasé bien, no creas. Cuando tu grito me despertó, y te vi agitándote sobre la cama como una posesa... Pensé que habías sufrido un ataque.

—Y lo sufrí, pero de miedo.

Zoran la abrazó cálidamente.

—¿A que ahora te sientes mejor?

—Sí, creo que sí.

—Contarme tu pesadilla te ha relajado.

—No ha sido eso, sino tus suaves caricias y tus dulces besos.

—Bueno, todo ha influido —sonrió Zoran.

—No te marcharás, ¿verdad?

—Claro que no.

—Te vigilaré, por si acaso.

—¿Vigilarme...?

—Sí, no pienso dormirme.

—Eso es una tontería, cariño.

—Tal vez, pero voy a permanecer despierta.

—Temes sufrir una nueva pesadilla, ¿no es cierto? Katja se mordió los labios.

—Sí, la verdad es que sí.

—Los sueños no se repiten, nena. En una misma noche al menos.

—Por si acaso.

—Vamos, no seas tonta y duérmete.

—No.

—Aún faltan varias horas para que amanezca, Katja.

—No importa.

—¿Qué puedo hacer para convencerte?

—Nada. Duérmete tú y descansa. No te molestaré, te lo prometo.

—No puedo dormirme, sabiendo que tú vas a pasarte la noche prácticamente en vela.

—Sí que podrás, ya lo verás.

—No, estoy seguro.

—Juguemos a algo, entonces.

—¿Jugar...?

—Sí.

—¿A qué?

—A lo que tú prefieras.

La sonrisa de Katja, llena de picardía, reveló sus intenciones a Zoran.

—Conque a lo que yo prefiera, ¿eh?

—Sí, te dejo elegir. Ajedrez, damas, dados, cartas...

—Tú no quieres jugar a nada de eso, embustera. ¡Tú quieres jugar a lo de antes!

Katja rió y le ciñó el cuello con sus brazos.

—La verdad es que no me disgustaría repetir. ¿Y a ti, cariño...?

—Creo que tampoco —sonrió Zoran, y selló los excitantes labios de Katja con un fervoroso beso.

CAPITULO XI

Por la mañana, temprano, Zoran Jankovic, el profesor Nicholson, Katja Bieler y Teddy Latham, el joven que pilotara el vehículo volador que salió en busca de Zoran y Katja, abandonaron la Base.

Esta vez no iban en un vehículo volador, sino en una pequeña pero moderna nave de combate. Una precaución lógica, teniendo en cuenta que iban en busca de los hombres que pretendían expulsarlos de Vulcano, para poder explotar ellos tranquilamente las minas de titanio y wolframio que existían en el planeta.

Esto, naturalmente, era lo que pensaba Zoran Jankovic.

Katja Bieler, en cambio, tenía sus dudas al respecto, pues todavía no estaba totalmente convencida de que el tipo de la túnica roja fuera un farsante.

Antes de hacer el amor con Zoran por primera vez, sí estaba convencida de que el barbas era un impostor, pero la horrible pesadilla que tuvo después...

Katja sabía que todo había sido un sueño, pero le pareció todo tan auténtico y tan real, que ahora tendía que pudiera suceder de verdad.

El profesor Nicholson seguía pensando que Hefestos existía realmente, y así se lo había dicho a Zoran Jankovic, antes de salir de la Base, aun sabiendo que éste no compartía su opinión.

El eminente geólogo, tras confesar que no había podido pegar ojo en toda la noche, preocupado por la seria amenaza del dios de los volcanes, aconsejó al capitán Jankovic abandonar Vulcano aquel mismo día, antes de que Hefestos hiciera entrar en erupción la totalidad de los volcanes que había en el planeta y la superficie de éste quedara totalmente cubierta por un mar de lava.

Zoran Jankovic, naturalmente, desoyó el consejo del profesor Nicholson y llevó adelante su plan de búsqueda de la gente que intentaba apropiarse de los yacimientos de titanio y wolframio

existentes en Vulcano.

La nave de combate era pilotada por el propio Zoran.

A su lado, presto a manejar el cañón de rayos láser, Teddy Latham, quien tampoco estaba demasiado seguro de que el tipo de la túnica roja fuese un farsante.

Y se le notaba en la cara que pensaba así.

Estaba ligeramente pálido.

Y nervioso.

Tras Zoran y el joven Teddy, iban Katja Bieler y el profesor Nicholson.

La pequeña nave llevaba ya un par de horas sobrevolando la superficie de Vulcano, pero todavía no habían hallado el menor rastro de que personas extrañas a la expedición se encontrasen ocultas en el planeta.

Zoran Jankovic estaba seguro de que la nave de esos hombres debía hallarse escondida en algún lugar de Vulcano, y prestaba especial atención a todos aquellos sitios en donde podía quedar perfectamente oculta una nave espacial.

Había muchos, eso era lo malo, por tratarse de un planeta particularmente montañoso, con abundancia de cuevas y grutas de todos los tamaños, lo que dificultaba enormemente la búsqueda.

Precisamente, al fijarse en una de esas cuevas, Zoran dio un leve respingo y exclamó;

—¡Allí hay alguien!

—¿Dónde, capitán? —preguntó Teddy Latham, respingando también.

—¡En aquella cueva! —Zoran la señaló con la mano.

Teddy, Katja y el profesor Nicholson observaron atentamente la cueva, de entrada más bien angosta, aunque la pequeña nave de combate podría cruzarla si Zoran lo estimaba conveniente.

—Yo no veo nada, capitán —dijo Teddy.

—Ni yo —murmuró Katja.

—¿Está seguro de haber visto algo, capitán Jankovic...? —preguntó Thomas Nicholson.

—¡Sí, estoy seguro, profesor! ¡Lo vi moverse!

—Puede tratarse de algún animal.

—¡No, era un hombre! ¡Y se ocultó al descubrir nuestra nave!

El profesor Nicholson, Katja y Teddy guardaron silencio.

Zoran Jankovic, en vez de dirigir directamente la nave hacia la entrada de la cueva, la hizo pasar de largo, sorprendiendo a Teddy, a Katja y al geólogo.

El joven Teddy preguntó:

—¿No quiere echar un vistazo a la cueva, capitán...?

—Naturalmente que quiero, Teddy.

—¿Por qué pasamos de largo, entonces...?

—Para confiar a los hombres que se ocultan en ella. Tenemos que hacerles creer que no los hemos descubierto. Dejaremos la nave un poco más allá, donde no puedan verla los tipos, y regresaremos a pie. Verás qué sorpresa les damos.

* * *

La pequeña nave de combate se hallaba posada ya en el suelo, fuera del alcance visual de los hombres que, según Zoran Jankovic, se ocultaban en la cueva que habían dejado atrás.

Zoran, además de la pistola de rayos láser que llevaba al cinto, empuñó un fusil, también de rayos láser, y entregó otro a Teddy Latham, que también llevaba una pistola como la de Zoran al cinto.

—Profesor, usted y Katja se quedarán en la nave —indicó Zoran.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—Es más seguro.

—Yo quiero ir con vosotros, Zoran.

—Y yo —habló el geólogo.

—Puede ser peligroso, profesor — advirtió Zoran.

—No importa —dijo Katja—. Insisto en acompañaros, Zoran.

—También yo —habló de nuevo Nicholson.

Zoran Jankovic, tras unos segundos de vacilación, accedió.

—De acuerdo, vendrán con nosotros. Dales un par de pistolas y un par de fusiles, Teddy. Pueden necesitarlos.

—Muy bien, capitán.

Teddy entregó las armas a Katja y al geólogo.

Después, descendieron los cuatro de la nave y echaron a andar hacia la cueva.

Habrían avanzado cosa de un centenar de metros, cuando, de repente, Katja dio un salto hacia atrás y gritó:

—¡Cuidado...!

Zoran, Teddy y el profesor Nicholson miraron rápidamente el punto que señalaba Katja con su brazo.

Los tres se quedaron helados.

Y con razón.

Por detrás de una roca próxima, había surgido un monstruoso alacrán.

Era tan grande como un cocodrilo.

Algo realmente alucinante.

El gigantesco alacrán avanzaba con ligereza hacia Zoran y sus compañeros, moviendo el par de largas pinzas que tenía en la parte anterior de su alargado cuerpo y haciendo vibrar el temible aguijón venenoso que remataba su flexible cola.

Esas eran sus armas, el par de terroríficas pinzas y el mortífero aguijón, aunque también con su monstruosa boca podía hacer daño.

Zoran Jankovic fue el primero en reaccionar.

Apuntó velozmente con su fusil al espantoso alacrán y accionó el gatillo, alcanzándole en el abdomen.

El gigantesco arácnido pulmonado chilló agudamente al recibir la «caricia» del rayo láser y se encogió al instante, herido de muerte.

Zoran no quiso prolongar la agonía del animal, y disparó de nuevo su fusil.

El segundo rayo láser acabó de destrozar al enorme alacrán, que dejó de chillar y de moverse.

Parecía que el peligro habla pasado, pero nada más lejos de la realidad.

El verdadero peligro estaba por llegar.

Zoran, Katja, Teddy y el profesor Nicholson se dieron cuenta de ello al ver aparecer varios de aquellos alacranes gigantes.

Surgían de todos lados, amenazando con cercar a sus cuatro víctimas.

Y lo consiguieron.

* * *

Zoran Jankovic, consciente de que podían ser devorados por los monstruosos alacranes, reaccionó con bravura y comenzó a disparar contra ellos, gritando:

—¡Fuego...! ¡Disparad...! ¡No dejéis que se acerquen o nos destrozarán!

Teddy Latham fue el primero en imitarle.

El profesor Nicholson hizo también funcionar su fusil de rayos láser.

Katja Bieler, a pesar de hallarse dominada por el terror, hizo un esfuerzo por sobreponerse y le dio asimismo al gatillo.

La proximidad de los alacranes gigantes, y el colosal tamaño de

éstos, hacían de ellos un blanco fácil, por lo que muy pocos disparos se desperdiciaron.

Los enormes bichos caían abatidos, uno detrás de otro, por los rayos láser, pero otros venían a sustituirles, por lo que el peligro no sólo persistía, sino que se acentuaba.

Resultaba muy difícil mantener a raya a los gigantescos alacranes, y algunos de ellos consiguieron acercarse tanto a sus víctimas, que éstas quedaron al alcance de sus poderosas pinzas.

Una de aquellas temibles pinzas intentó hacer presa de la cintura de Teddy Latham. Y lo hubiera conseguido, de no ser por el capitán Jankovic, que abatió muy oportunamente al animalote de un certero disparo en la cabeza.

Teddy, ocupado en liquidar a otro alacrán gigante, se dio cuenta de que Zoran Jankovic acababa de salvarle la vida y exclamó:

—¡Gracias, capitán!

Zoran no se enteró, pues el profesor Nicholson estaba a punto de ser aguijoneado por un alacrán y no tuvo más remedio que echarle una mano también.

El veloz disparo de Zoran abrasó al alacrán, impidiéndole clavar su venenoso aguijón en el cuerpo del geólogo.

Thomas Nicholson agradeció su intervención con un gesto y siguió disparando contra los temibles alacranes.

Habían abatido más de una docena ya, pero todavía quedaban casi otros tantos con vida.

Zoran, Katja, Teddy y el profesor Nicholson siguieron defendiéndose como leones de los alacranes gigantes, y gracias al terrible poder destructivo de sus armas, consiguieron acabar con todos ellos sin tener que lamentar ninguna baja.

* * *

Las casi dos docenas de monstruosos alacranes yacían en el suelo, abrasados, destrozados, encogidos.

Algunos de ellos todavía se movían, pero muy débilmente.

No tardarían en morir.

El aire había quedado impregnado del olor que despedían los cuerpos achicharrados de los alacranes. Un olor realmente pestilente, que obligaba a Zoran y sus compañeros a contener la respiración todo lo posible.

—Salgamos de aquí —indicó Zoran, echando a andar por entre los cadáveres de los alacranes.

Teddy, Katja y el profesor Nicholson le siguieron, muy atentos a la posible aparición de nuevos alacranes gigantes.

Afortunadamente, no surgió ninguno más y pudieron dejar atrás el pestilente lugar, prosiguiendo su avance hacia la cueva en cuya entrada Zoran aseguraba haber visto un hombre.

Mientras caminaban, Zoran se preguntó si desde la cueva habrían oído algo.

Confiaba en que no, porque había bastante distancia, aunque tampoco podría asegurarlo. Si habían captado el ruido de su lucha contra los alacranes gigantes, estarían alerta y no se dejarían sorprender.

De cualquier modo, había que seguir adelante con el plan.

Tenían que alcanzar la cueva y entrar en ella.

Era la única manera de desenmascarar al falso dios de los volcanes.

CAPITULO XII

La cueva estaba ya muy cerca.

Zoran, Teddy, Katja y el profesor Nicholson se detuvieron a una indicación del primero, quien, en tono bajo, dijo:

—Teddy y yo entraremos primero. Si no hay peligro, les haremos una señal, profesor Nicholson.

—De acuerdo, capitán —respondió el geólogo.

—¿Por qué no podemos entrar todos juntos, Zoran? —preguntó Katja.

—Temo que hayan oído algo y nos estén esperando. Si lograran sorprendernos a Teddy y a mí, el profesor Nicholson y tú podríais echarnos una mano. En cambio, si nos sorprendieran a los cuatro...

—El capitán Jankovic tiene razón, Katja —opinó Thomas Nicholson —, Es mejor que tú y yo esperemos aquí.

—Está bien —accedió la muchacha, aunque de mala gana.

Zoran le dio un beso en la mejilla, y él y Teddy se aproximaron cautelosamente a la cueva, por un lateral.

Antes de entrar en ella, se detuvieron un instante, pegados a la rocosa pared.

En el interior de la cueva no se oían voces ni ruidos.

Como si no hubiera nadie en ella.

Pero Zoran sabía que sí había alguien.

El lo había visto con sus propios ojos, si bien muy fugazmente. Pero fue suficiente para poder asegurar que se trataba de un hombre.

Zoran hizo una leve indicación a Teddy y acto seguido saltaron los

dos al interior de la cueva, con los fusiles de rayos láser por delante.

Vieron a un tipo.

Estaba sentado en el suelo, la espalda apoyada en una roca, y tenía un fusil de rayos infrarrojos en las manos.

Era el mismo sujeto que tan fugazmente viera Zoran en la entrada de la cueva, desde la pequeña nave de combate.

El tipo, pillado por sorpresa, tardó un par de segundos en reaccionar, pero Zoran no le permitió que levantara su fusil de rayos infrarrojos, advirtiendo:

—Si intentas algo eres hombre muerto, compañero.

El individuo se frenó en el acto, asustado.

—Suelta ese fusil, vamos —ordenó Zoran.

El tipo obedeció.

Zoran se acercó a él y apartó el fusil de una patada.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Silvio.

—Sabes quién soy, ¿verdad, Silvio?

—El capitán Jankovic.

—¿Cuántos sois?

El tipo vaciló.

Zoran endureció el gesto.

—Te conviene responder, Silvio.

—Somos cuatro.

—Dime los nombres de tus compañeros.

—Lasse, Alfons, y...

—¿Y...?

—Jan Adamec.

—Ese debe ser el jefe del grupo, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Fue él quien se disfrazó de Hefestos?

El tipo titubeó de nuevo.

—Vamos, Silvio, contesta —apremió Zoran, amenazándole con su fusil de rayos láser.

—Sí, fue Jan Adamec —confesó el sujeto.

Teddy Latham se sintió mucho más tranquilo al oír aquello.

Ahora ya sabía que el capitán Jankovic tenía razón, que el tipo de la túnica roja era un farsante, que no existía tal dios de los volcanes.

Zoran siguió interrogando a Silvio.

—¿Dónde están tus compañeros?

—Al fondo de la cueva.

—¿Y vuestra nave?

—También.

—No puede ser tan pequeña.

—Esta cueva tiene otra salida, mucho más grande que ésta —explicó Silvio—, Por ella metimos la nave.

—Entiendo. ¿Quién vigila esa otra salida?

—Lasse y Alfons.

—Entonces, Adamec debe de estar en la nave.

—Seguramente.

—Bien. ¿Teddy…?

—¿Sí, capitán?

—Puedes hacer la señal al profesor Nicholson y a Katja.

—En seguida.

Teddy Latham se asomó al exterior y agitó el brazo. Thomas Nicholson y Katja Bieler entendieron, y se pusieron en movimiento. Segundos después, entraban en la cueva y descubrían al tipo que habían atrapado Zoran y Teddy.

Zoran, con irónico gesto, dijo:

—Le presento a Silvio, profesor Nicholson. Es uno de los ayudantes de Hefestos, aunque no tenga nada de cíclope.

—¿Qué quiere decir, capitán...? —murmuró el geólogo.

—Pues, que yo estaba en lo cierto. Hefestos no existe, no ha existido nunca. El barbas era un impostor, y se llama realmente Jan Adamec.

Nicholson respingó.

—¿Jan Adamec...?

—¿Le dice algo ese nombre, profesor?

—¡Naturalmente! Jan Adamec posee en la Tierra un buen número de minas de titanio y wolframio! ¡Es dueño de una gran fortuna!

—Pues no hay duda de que desea aumentarla, explotando las minas de Vulcano.

—¡Seguro!

—El falso dios de los volcanes es un avaro, profesor.

—Lo que no entiendo es cómo pudo provocar la erupción simultánea de esos cuatro volcanes.

—No se preocupe, profesor. El propio Adamec nos lo explicará, cuando le echemos el guante. Y eso será dentro de unos minutos.

—¿De veras?

—Sí, caerá en nuestras manos como un conejito, ya verá. En pie, Silvio —ordenó Zoran—, Tienes que guiarnos hasta tu jefe.

El tipo no tuvo más remedio que obedecer.

* * *

Jan Adamec se encontraba, efectivamente, en la nave que les había traído desde la Tierra a Vulcano.

Estaba cómodamente sentado en un sillón, tomando una taza de café.

Iba prácticamente desnudo, pues sólo se cubría con un breve slip.

Junto a él, en el sillón de al lado, descansaban la brillante túnica roja, la peluca rizada, y la barba postiza, igualmente rizada.

Era su disfraz de Hefestos, el dios de los volcanes, que pensaba ponerse de nuevo en cuanto acabara de tomarse el humeante café.

Justo en el instante en que se llevaba la taza a los labios, para ingerir un nuevo sorbo, irrumpieron en la estancia Zoran Jankovic, Teddy Latham, Katja Bieler y el profesor Nicholson, que le apuntaron con sus fusiles.

Silvio también entró, naturalmente, empujado por Zoran.

A Jan Adamec casi se le cae la taza de las manos, a causa del sobresalto.

—Nuestros más respetuosos saludos, Hefestos —dijo Zoran, con burlona sonrisa.

—¿Cómo diablos…?

—Sorprendimos a Silvio, y lo hicimos «cantar».

Adamec miró furiosamente a su hombre.

—¡Eres un inútil, Silvio!

El tipo bajó la cabeza, avergonzado.

—Lo siento, jefe.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —repitió Adamec, colérico.

—Su nave había pasado de largo, y yo creí que…

—¡Creíste, creíste, creíste!

—¡Lo lamento mucho, jefe.

—Lo lamentas, lo lamentas, lo lamentas!

Zoran intervino:

—¿Lo repite todo tres veces cuando habla, dios de los volcanes?

—¡Al diablo con usted, capitán Jankovic!

Zoran rió.

—Le hemos estropeado el plan, ¿eh, Adamec?

—¡No esté tan seguro, Jankovic!

—¿Por qué no?

—¡Es pronto para cantar victoria!

—¿Está pensando en Lasse y Alfons, por casualidad...?

Jan Adamec no respondió.

Zoran ordenó:

—Llámelos y dígales que vengan. Y, cuando estemos todos juntos, nos explicará cómo hizo entrar en erupción esos cuatro volcanes. Sentimos una gran curiosidad por saberlo.

Adamec tomó el pequeño telecomunicador que tenía en el sillón de al lado, sobre la túnica roja, y llamó a Lasse y Alfons.

—Dígales que no intenten nada, o le mataremos, Adamec —advirtió Zoran.

El falso Hefestos lo hizo así.

Pocos minutos después, Lasse y Alfons subían a la nave, armados con fusiles de rayos infrarrojos.

—Ordéneles que arrojen los fusiles, Adamec —dijo Zoran.

Jan Adamec sonrió extrañamente y repuso:

—Son ustedes los que van a arrojar sus armas, capitán Jankovic, si

no quieren que el profesor Nicholson abrase a la hermosa Katja.

CAPITULO XIII

Zoran Jankovic y Teddy Latham se volvieron hacia Thomas Nicholson, absolutamente desconcertados.

Era cierto.

El geólogo se había colocado detrás de Katja Bieler, y su fusil de rayos láser apuntaba a la espalda de la muchacha.

—No te muevas, Katja —ordenó Nicholson.

La joven, que le miraba por encima del hombro, palideció intensamente.

—Profesor Nicholson... —musitó, sin poderlo creer.

Tampoco Zoran y Teddy podían creerlo.

El primero preguntó:

—¿Qué diablos significa esto, profesor...?

—Trabajo para Jan Adamec, capitán —reveló el geólogo.

—¿Que usted...?

—Sí, en realidad somos socios. Iremos a medias en el negocio de las minas de titanio y wolframio que hay en Vulcano.

—Exacto —confirmó Adamec—, Yo se lo propuse, y él aceptó sin dudar. Lo del numerito del dios de los volcanes, fue idea suya, y yo accedí encantado a representar el papel de Hefestos. Incluso aprendí a hablar con voz de ultratumba —añadió, riendo.

—Entonces, lo de la erupción de los cuatro volcanes... — murmuró Zoran.

—También fue idea mía, capitán —confesó Nicholson—, Mis profundos conocimientos sobre la geología me permitieron encontrar la manera de reactivar un volcán. No es tan difícil, créame. Y lo hice porque no quería que muriese nadie en este asunto. Esperaba

asustarle, con la simultánea erupción de esos cuatro volcanes y la posterior aparición en la pantalla de comunicaciones de Jan Adamec, disfrazado de Hefestos, el mitológico dios del fuego.

—Usted no quería que muriese nadie, pero Katja y yo estuvimos a punto de perecer, aplastados por uno de aquellos pedruscos —recordó Zoran.

—Yo ignoraba que ustedes iban a estar, en ese preciso momento, bañándose en aquel río, tan cerca de uno de los volcanes que yo había preparado para entrar en erupción. No fue culpa mía, capitán, y hubiera lamentado mucho su muerte y la de Katja.

—¿Y qué va a pasar ahora, profesor? ¿Qué va a ser de nosotros?

Jan Adamec se puso en pie y se anticipó a la respuesta de Thomas Nicholson.

—Eso lo decidiré yo, capitán Jankovic. De momento, arrojen sus armas y entregúense dócilmente. Será mejor para todos, créanme.

Zoran vaciló.

Si arrojaban las armas, quedarían totalmente a merced de Jan Adamec y sus hombres, que sin duda los matarían, porque no podían dejarlos con vida, con todo lo que sabían.

Y si no arrojaban las armas...

El profesor Nicholson pareció adivinar el pensamiento de Zoran, pues aconsejó:

—Obedezcan, capitán, o me veré obligado a matar a Katja.

—¿Sería capaz, profesor...?

—Lo sentiría mucho, pero tendría que hacerlo. Por favor, hagan caso a Adamec y tiren sus armas.

—Está bien, ustedes ganan — masculló Zoran, arrojando su fusil.

Teddy y Katja arrojaron los suyos.

—Las pistolas también, capitán —indicó Adamec, con irónica sonrisa.

Zoran, Teddy y Katja obedecieron.

—Perfecto —dijo Adamec—. Recoged las armas, muchachos.

—Yo me encargo de ello, jefe —dijo Silvio, y se apoderó de los fusiles y las pistolas, que dejó sobre un sillón, a excepción de uno de los fusiles, que quedó en sus manos, apuntando a los prisioneros.

Jan Adamec se acercó a Zoran, Teddy y Katja.

—Le dije que era pronto para cantar victoria, capitán — recordó, sonriendo burlonamente.

—Lo mismo le digo, Adamec.

—Oh, no, se equivoca. Yo ocultaba un «as» en la manga, que jugué en el momento oportuno. Usted, en cambio, no guarda ninguna baza secreta.

—No esté tan seguro de eso.

—Lo estoy, capitán, lo estoy —rió Adamec.

—Tiene intención de liquidarnos, ¿verdad?

—Todavía no lo he decidido.

—Sí, claro que lo ha decidido. Lo que pasa es que no quiere decirlo delante del profesor Nicholson, porque sabe que él se opondría.

—Desde luego que me opondría —habló el geólogo—. No quiero que muera nadie, ya lo dije antes.

—Pues ya puede oponerse, profesor, porque la intención de Adamec no es otra. Pregúnteselo y verá.

—¿Es cierto que piensa matarlos, Adamec?

—Hombre, no es que yo desee acabar con sus vidas, pero dadas las circunstancias, me temo que no tendremos más remedio que hacerlo, profesor.

—Ese no era el trato, Adamec.

Ya sé que no, profesor, pero es que las cosas no han salido como nosotros esperábamos. El capitán Jankovic nos ha descubierto y...

—No es necesario matarlos. Podemos tenerlos encerrados.

—Correríamos el riesgo de que se escapasen.

—Si están bien vigilados, eso no ocurrirá.

Jan Adamec sacudió la cabeza.

—Lo siento, profesor Nicholson, pero no puedo complacerle. Lo más que puedo hacer, es perdonarle la vida a su ayudante. Katja es joven y hermosa. Sería una lástima matarla.

Zoran apretó los puños.

—Sé lo que está pensando, Adamec, y no tengo más remedio que llamarle cerdo.

El gesto de Jan Adamec se tornó amenazante.

—Sujete esa lengua, capitán Jankovic, o tendré que sujetársela yo.

—Pretende abusar de Katja, confiéselo.

—No será necesario. Yo le perdonaré la vida, y ella me lo agradecerá mostrándose cariñosa conmigo. ¿No es cierto, preciosa…?

Katja apretó los dientes.

—¿Sabe lo que se merece usted, Adamec?

—¿Qué me merezco, guapa?

—¡Esto! —respondió Katja, y le soltó un furioso salivazo en toda la cara.

Adamec, encolerizado, le dio una tremenda bofetada y la tiró al suelo.

—¡Para que aprendas, perra!

Zoran no pudo contenerse y le estrelló el puño en la cara a Adamec, derribándolo estrepitosamente.

Lasse, Alfons y Silvio hicieron ademán de disparar sobre el capitán Jankovic, pero Adamec gritó:

—¡Quietos, no le matéis! ¡Quiero darme el gusto de acabar personalmente con él!

Los tipos se frenaron.

Adamec se incorporó, sangrando por la nariz, y añadió:

—¡Tendrás una muerte lenta, bastardo! ¡Y tu compañero también! En cuanto a ti, Katja. serás mía por la fuerza bruta y luego te entregaré a mis hombres, para que se diviertan también contigo. ¡Esa será mi venganza, zorra!

Zoran miró un instante al profesor Nicholson.

—¿Cómo pudo usted asociarse con un hombre como éste, profesor...? ¡No es un hombre, es una hiena! ¡Un sucio reptil! ¡Un bicho asqueroso y repugnante!

Adamec, enfurecido por los insultos, intentó golpear a Zoran, pero éste burló su puño y respondió con un formidable trallazo a la boca.

El falso Hefestos cayó de nuevo al suelo, aullando, porque tenía ambos labios partidos y varios dientes sueltos.

—¡Matadlo...! ¡Acabad con él ahora mismo! —ordenó, dominado por el dolor y por la ira.

Lasse, Alfons y Silvio se dispusieron a ejecutar al capitán Jankovic.

—¡Quietos, locos! —gritó el profesor Nicholson, interponiéndose.

—¡Apártese, profesor! —barbotó Silvio.

—¡No!

—¡Acabad también con él! —gritó Adamec—. ¡Ya no lo necesitamos!

Al oír esto, Thomas Nicholson disparó sobre los hombres de Adamec, mascullando:

—¡Maldito traidor!

El rayo láser alcanzó de lleno a Alfons, quien se derrumbó en el acto, dando un espantoso alarido.

Lasse y Silvio dispararon sobre el geólogo.

El profesor Nicholson aulló desgarradoramente, certeramente alcanzado, y se vino abajo.

—¡A ellos, Teddy! —rugió Zoran, saltando sobre Lasse.

Teddy Latham se arrojó sobre Silvio.

Los cuatro hombres rodaron por el suelo, furiosamente enzarzados.

Jan Adamec, soltando sangre por la boca, gateó hacia el sillón en donde descansaban las armas de Zoran, Teddy y Katja.

Esta le vio y se apresuró a recoger el fusil del profesor Nicholson.

Apuntó a Adamec.

El millonario ya estaba empuñando uno de los fusiles de rayos láser.

—¡Suelte eso, Adamec! —ordenó Katja.

Jan Adamec se revolvió como una centella.

—¡Muere, perra!

Katja no dudó en apretar el gatillo.

Y, como no falló el disparo, Jan Adamec pasó a mejor vida, con la caja torácica destrozada por el poderoso rayo láser.

Entretanto, Zoran Jankovic había conseguido arrebatarle a Lasse el fusil de rayos infrarrojos.

Teddy Latham, en cambio, tuvo menos suerte con

Silvio, quien consiguió quitárselo de encima y ya se disponía a acabar con él.

Zoran lo evitó, disparando muy oportunamente sobre Silvio, que murió abrasado por el rayo infrarrojo.

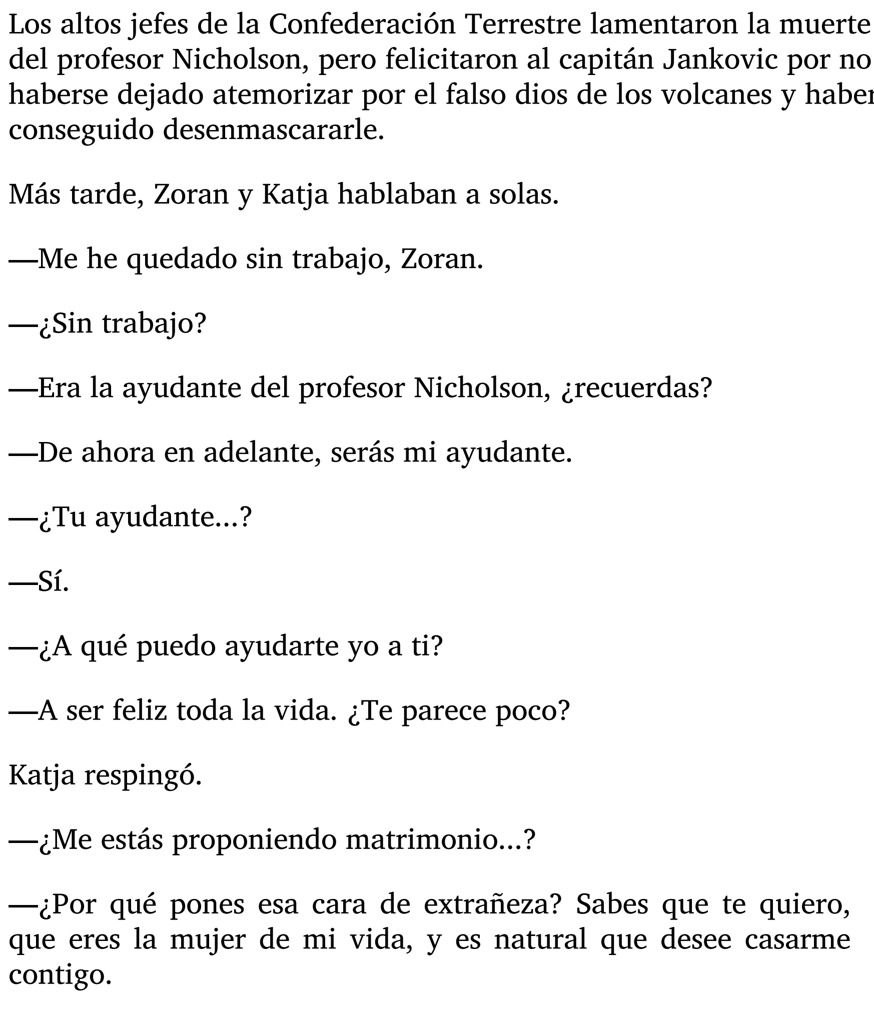
Lasse intentó saltar sobre Zoran, pero Katja, muy atenta, le envió un rayo láser y acabó con su vida, poniendo fin a la lucha.

Jan Adamec ya no podría explotar las minas de titanio y wolframio existentes en Vulcano, porque él y sus hombres habían muerto.

También el profesor Nicholson había muerto, pero éste, al menos, había tenido una muerte digna, al haberse arrepentido en el último momento de su mala acción.

Y, gracias a él, Zoran, Teddy y Katja seguían con vida.

EPILOGO



De nuevo en la Base, Zoran Jankovic estableció comunicación con la Tierra e informó de todo lo sucedido, sin omitir detalle.

Los altos jefes de la Confederación Terrestre lamentaron la muerte del profesor Nicholson, pero felicitaron al capitán Jankovic por no haberse dejado atemorizar por el falso dios de los volcanes y haber conseguido desenmascararle.

Más tarde, Zoran y Katja hablaban a solas.

—Me he quedado sin trabajo, Zoran.

—¿Sin trabajo?

—Era la ayudante del profesor Nicholson, ¿recuerdas?

—De ahora en adelante, serás mi ayudante.

—¿Tu ayudante...?

—Sí.

—¿A qué puedo ayudarte yo a ti?

—A ser feliz toda la vida. ¿Te parece poco?

Katja respingó.

—¿Me estás proponiendo matrimonio...?

—¿Por qué pones esa cara de extrañeza? Sabes que te quiero, que eres la mujer de mi vida, y es natural que desee casarme contigo.

Katja le echó los brazos al cuello.

—¡Esperaba que me lo pidieras, pero no tan pronto! — exclamó, loca de alegría.

Zoran la estrechó fuertemente y confesó:

—Lo decidí en el río, antes de que llevara lava, en vez de agua.

Acto seguido, su boca y la de Katja se fundieron en un apretado e interminable beso.

F I N

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España